

La Esfera

27 Mayo 1916

Año III.—Núm. 126

ILUSTRACION MUNDIAL



AMARATE

RETRATO DE UN DESCONOCIDO, cuadro de "El Greco"

DE LA VIDA QUE PASA



Detalle de la fachada principal del Congreso de los Diputados

FOT. CAMPÚA

El gran Casino nacional

Yá está abierto el hospitalario y seductor casino nacional. En invierno se respira allí, en los escaños ó en los divanes rojos del Salón de Conferencias, un ambiente plácido y tibio. Quien disfrute á conciencia la voluptuosidad del lugar está perdido, porque en política triunfan los que se sientan poco. Pero ahora está mucho más confortable aún, tanto que sólo habrá en Madrid tres ó cuatro iglesias que rivilicen con él. La frescura de aquellas amplias estancias, de aquellos pasillos espaciosos con sus losas de mármol blanco, sólo puede encontrarse en ciertas sacrerías y en algunos viejos palacios señoriales. Luego, para contrarrestar el exceso de solemnidad, que en verano es más molesto, que nunca están aquellos asientos de rejilla tan á tono con el chaleco blanco y el sombrero de paja.

Creo que no habrá falta de respeto en la comparación. Como palacio de la representación nacional y como casino, el Congreso tiene un carácter pintoresco que debe apreciarse muy bien desde la tribuna de diplomáticos, sobre todo cuando la Cámara pierde el tiempo en esos gárrulos debates, tan españoles como la lotería y como los toros. Alguna vez se duda, sin embargo, de que las Cortes representen de veras tal como debían representarla hoy la situación de España. Moral é intelectualmente—dicen los parlamentarios—España se refleja en sus Cortes. Los más pesimistas creen que si hay alguna diferencia no es en favor del pueblo, sino en contra, porque, al fin y al cabo, el régimen representativo significa una selección. ¡Qué obra tan curiosa, para el porvenir, la que estudiese de qué manera se retrata á España en el salón de sesiones del Congreso! Todos los estudios

de ateneo sobre oligarquía y caciquismo no hacen sino dar ligera idea del sistema. Lo interesante sería ir viendo qué género de hombres asumen, por vocación y por educación, la representación nacional, de qué manera se encarna en ellos la voluntad de sus distritos y cómo al llegar al centro común en que han de desenvolver su carrera política, van adaptándose al medio y acomodándose á las costumbres que encontraron ya hechas. De esta manera iría determinándose si las Cortes son algo que varía al mismo tiempo que cambian el espíritu, las circunstancias y la cultura de la nación ó si son algo permanente, consolidado ya, y por lo tanto algo que puede quedarse atrás del resto del país.

Yo creo que desde la tribuna diplomática se puede ver muy bien dónde está el retraso.

La vida material ha recibido ya un impulso de fuera, y viendo España desde sus ferrocarriles, desde sus hoteles, sus grandes ciudades, sus puertos, sus industrias, nos imaginamos un grado de progreso que no aparece en los discursos de las Cortes. ¿Por qué? ¿Es que el Congreso necesita representar también á la parte muerta y estancada de las regiones más inquietas, á los pueblos que viven aún en plena Edad Media? Quizá lo más exacto sería imaginar la vida política como una transacción entre esa España muerta y la España del porvenir. Pero aun prescindiendo de esa ley forzosa que amarra las Cortes por un vergonzoso cordón umbilical, tienen los organismos legislativos un carácter propio, á tono con su decorado y con sus reglamentos, un carácter de fines de siglo xix. Es imposible prescindir de cierto aire de casino local, con hábitos locales, que excluyen toda

extravagancia, todo exceso de personalidad y especialmente toda innovación.

Aún no ha pasado el tiempo de los grandilocuentes párrafos. Aún no ha terminado el período de lucha formulista, la lucha por el procedimiento. En cambio, este Congreso no da apenas valor al trabajo de las comisiones, le suspende cuando se suspenden las sesiones, considera casi como un absurdo que el diputado, individualmente, haga uso del derecho de presentar proposiciones de ley como no sea para fines políticos.

Sin duda que hay en España medios inferiores al del salón de conferencias del Congreso, y si esto sirve de satisfacción á los parlamentarios, allá ellos. Pero sería preciso dar mucha más intensidad á la labor de las Cortes para ponerla al nivel del ímpetu con que comienza á surgir la España que va siguiendo el movimiento de Europa. Si no lo intentan, quedarán las Cortes como institución antediluviana, como un mastodonte prehistórico que será preciso derribar para que no estorbe. Cuando acabe la guerra ha de notarse en el mundo entero la necesidad de vivir deprisa, de hacer, crear, improvisar... Todo lo que hoy es fórmula, vago deseo de organización, de ordenación rígurosa y técnica tendrá el derecho de ser llevado á la práctica, porque el pueblo que no lo haga desaparecerá. Entonces las Cortes deberán ponerse al frente de esa tarea, ya que no lo han hecho en circunstancias ordinarias, en período de paz, ni tampoco han sabido intentarlo ahora, cuando podrían hacerlo, ya que la guerra no llega hasta nosotros. De otra manera, su misión se reducirá á seguir siendo el más hospitalario y el más agradable casino social.

Luis BELLO

MEMORIAS DE UN DESMEMORIADO

VII

Los atractivos de Roma son de tal intensidad, que el viajero impaciente no tendría consuelo si partiera sin ver y admirar el Foro, los Arcos de Tito y de Septimio Sévero, la Tribuna en que pronunció Cicerón sus inmortales arengas, el Palatino, aglomeración de gloriosas ruinas; el Coliseo, cuya magnitud aterradora se destaca sobre todo el caserío de la antigua y moderna Roma; la Columna Trajana en el Foro del mismo nombre; las Termas de Caracalla; el Panteón, monumento que parece transportado de la vieja á la nueva ciudad...

Memoria mía: estamos lucidos tú y yo. Por tu descuido no puedo contestar á mis lectores que me preguntan el lugar donde Bruto y Casio mataron á Julio César.

—El descuidado eres tú; pues antes de andar por estos barrios de ruinas pasamos por el palacio de la Vicaría, y alí te dije: «Aquí estaba el Senado, que no tenía lugar propio, y se reunía en un teatro de antemano designado por la República. El teatro ha desaparecido, y no existe otro recuerdo del lugar trágico que un cartelito fijado arbitrariamente en la pared de un edificio vulgar».

—Ya vuelvo á mi acuerdo y al pleno dominio de lugares y personas. La estatua de Pompeyo al pie de la cual cayó César atravesado por los puñales de Bruto y Casio, existe hoy en el palacio de la Vicaría, y en la escalera de ese mismo palacio fué asesinado Rossi, el ministro de Pío IX, cuando éste inauguró su pontificado con franca tendencia liberal...

Ahora, Memoria mía, no te apartes de mí que, ó mucho me engaño ó necesitaré tu asistencia en mi afanoso vagar por las grandes de Roma papal y pagana.

—San Pablo! ¡Las Catacumbas! Se ha dicho que la catedral mayor del mundo después de San Pedro, es esta de San Pablo situada fuera de los muros de Roma y no lejos del Tíber. El gobierno italiano ha secularizado este templo; los guardianes son seglares y se puede visitar como los museos y las colecciones artísticas. ¡Qué extraordinaria riqueza de mármoles y pórpidos, de mosaicos, pinturas y bronces, todo ello de marcada opulencia bizantina! Decididos á completar en lo posible el conocimiento de los tesoros artísticos de la Ciudad Eterna, desde San Pablo corrimos hacia las Catacumbas, viendo de paso la Via Apia y el monumento de Cecilia Metela. En mi mente se confunden los lugares que vi, y no puedo discernir si la primera Cataumba que vi fué la de San Lorenzo ó la de San Sebastián. Son galerías y escavaciones subterráneas de donde se extraña el material para la fabricación de porcelana. Largo rato discurremos por aquellas soledades tenebrosas, guiados por un fraile que farol en mano nos daba referencias de lo que veíamos, las cuales no revelaban erudición ni siquiera dominio del asunto. Además, el frailucho parecía malhumorado y deseoso de que acabáramos pronto para plantarnos en la calle.

Aun con estas desfavorables condiciones, pudimos admirar inscripciones bellísimas y algunas pinturas de inmenso interés. Entre estas no olvidaré nunca la figura de Jesús representada en forma pagana, según costumbre en la edad embrionaria del cristianismo, desnudo, sin barba, como pintaban á las divinidades mitológicas, Febo padre de la luz y de la inspiración ó Hermes el de los pies ligeros. Los apostóles formaban en derredor de Cristo un grupo de ancianos en éxtasis. Aquellos lóbregos callejones tortuosos acaban por fatigar al viajero que no puede retener en su memoria las innumerables inscripciones que indican sepulturas de mártires ó altares donde se celebraron los primeros ritos de la cristiandad. Ansíábamos apartar nuestros ojos de aquel mundo de tinieblas para espaciarnos y regocijarnos en la plena luz del día.

Aún nos faltan por admirar muchos aspectos interesantísimos de la metrópoli pagana y pontificia; pero el afán de nuevas sensaciones nos mueve á partir para Nápoles. Pensado y hecho. En el trayecto no hacíamos más que ordenar y catalogar nuestros recuerdos. En nuestra mente se entremezclaban peleándose al verse juntas las visiones pasadas y las que nos anticipaba nuestra imaginación. Entrada ya la noche llegá-

bamos al término de nuestro viaje, y de pronto, por la ventanilla del tren, vimos sobre el horizonte una intensa llamarada. Tras un breve momento de estupor, mi compañero y yo exclamamos: «¡el Vesubio! ¡el Vesubio!»

Estamos en Nápoles, la ciudad alegre, bulliosa, que á sus innumerables encantos añade la holganza y la superstición, ¡ah! la superstición, estado de la conciencia que embelesa y arrulla las almas con deliciosas mentiras. Nuestro primer paseo fué por el barrio popular de Santa Lucía, donde todo es una mezcla extraña de chachara y quietismo; los hombres tumbados en medio de la calle; ésta, llena de cortezas de melón y sandía; las mujeres en chanclas gesticulando á voces; las puertas de las humildes casas abiertas de par en par, viéndose por ellas las estampas de santos alumbrados con lamparillas; en el fondo el mar, y en término lejano el elevado monte con su negro penacho de humo, cuyas espirales se enroscan en el cielo. Al pasar de Santa Lucía á una plaza donde está el Palacio Real, se me apareció la Memoria mía que al partir de Roma se fué de mi lado anticipando su viaje á Nápoles. Aleteando en torno de mi cabeza con graciosa traviesura, me dijo: «Esto sí que es divertido, dueño mío. En Roma me aburría yo con tanta catacumba y tanta ruina; por eso me vine á Nápoles. Aquí todo es vida y dulzura. Sigue por este camino que te indico, y entrará en la calle de Toledo, española por su nombre y más aún por su bullanga; organillos, disputas, pregones á grito herido, diálogos entre un balcón y la calle, secretos á voces, sin fin de carrajes de alquiler, cuyos cocheros no dan paz á la lengua ni á la fusta, charlatanes que rodeados de pananatas encomian sus bálsamos y panaceas... Recorre la calle en toda su extensión, y al fin de ella encontrarás un edificio que ahora es el Museo principal de Nápoles y antaño fué palacio del Virrey D. Pedro de Toledo, Marqués de Vil afranca, que dió su nombre á esta calle.»

—¡Qué bien enterada estás de todo! Así, así me gusta, para que yo conozca de esta variedad de cosas sin que tenga que devanarme los sesos.

—A mi observación nada se escapa; yo te informaré de cuanto aquí existe. Confía, confía en tu fiel Memoria que te indicará previamente todo lo que debes ver. Mañana subiremos al Vesubio.

—¿Hasta el cráter?

—Hasta lo más alto. Es espantoso, sublime...

—Pues iremos ahora mismo.

—Ten calma: Hoy, ya que estamos aquí, entra en el Museo y entérate bien de las preciosidades que contiene. Verás el Grupo de Pasifae y otras obras maestras de la escultura. Verás también pinturas de Pompeya y Herculano... en fin, verás lo que vieres sin que yo pueda detallarte una por una las joyas de ese Museo; pues ya sabes que aunque me llamo Memoria, soy un tanto desmemoriada.»

Obedientes á tan sabio consejo, al siguiente día subimos Galiano y yo al terrible volcán. En la expedición se emplea un día de sol á sol. La primera parte se hace en coche por laderas preciosas cubiertas de viñas; á cada paso salían mujeres y niños ofreciéndonos uvas riquísimas. A la altura del observatorio tomamos el tren funicular, y jarrá! jarrá!

Entre nuestros compañeros de viaje predominaban los hijos de Albión, armados de Bädeker, con gruesos zapatos, indumento varonil en uno y otro sexo. Terminada la subida nos hallamos al pie del cono de piedra pómex. Para llegar al cráter era requisito indispensable entenderse con los guías que hacen este servicio mediante un crecido estipendio. Dos hombres acompañaban á cada viajero, llevándole agarrado por ambos brazos. No olvidaré nunca el fatigoso avance por unos senderos en zig-zag pisando lavas ardientes, recibiendo á cada paso humaredas asfixiantes de vapores sulfúreos. El trayecto, aunque no es largo, se hace interminable por las dificultades del paso sobre el suelo movedizo y ardiente. Por fin, nuestros guías nos llevaron al borde del cráter y nos asomaron á él sujetándonos fuertemente. ¡Horrendo espectáculo! De la honda cavidad brotaba con resoplido intermitente un chorro de fuego, entre cuyas llamaradas veíamos pedazos de materias incandescentes que caían ante nuestros ojos con estrepito. Al lado nuestro, dos intrépidas inglesas,

agarradas fuertemente por sus guías, no hacían más que gritar: «¡Ooh! ¡Wonderful!»

La contemplación del cráter no podía durar más que segundos, porque el calor nos ahogaba. Bajamos á tropiezos como autómatas, respiro azufre y doloridos de todo el cuerpo. Volvimos al funicular donde encontramos nuestras compañeras de cráter las damitas inglesas. Cambiamos impresiones sobre lo que habíamos visto; porque Galiano poseía muy bien el inglés, y acabamos por hacernos amigos. Ellas pensaban ir á Palermo y subir al Etna. Yo, en inglés chapurrado, les di á entender que en cuestión de cráteres en actividad me he quedado satisfecho con uno, y gracias.

Al día siguiente, hallándome cerca del famoso Aquarium de Nápoles, vi pasar la grácil figura de mi Memoria, y sujetándola por la túnica vaporosa, le dije: «¿A dónde vas? Ven aquí; aviva el recuerdo de aquel Virrey de Nápoles, el grande de Osuna, y su secretario el no menos grande D. Francisco de Quevedo». Y la espiritual ninfa, poniendo en su boquita un mohín de seriedad, me contestó: «Antes que de antigüallas históricas quiero hablarte de una triste actualidad ocurrida en nuestro país, Las Palmas.

—¿Qué es eso, niña?

—No has oido vocear á los vendedores de periódicos el suceso ocurrido en el Puerto de la Luz? Tu estupor me indica que no te has enterado... Verás; chocaron á la entrada del puerto el vapor italiano *Sub America*, de la Compañía la Veloce, de Génova, y el vapor *France*, de Málaga. Se fué á pique el italiano pereciendo gran parte de los pasajeros... Condolidos del triste suceso, mi ninfa y yo nos trasladábamos con la imaginación al lugar de la catástrofe. Veíamos á los buzos extrayendo los cadáveres del fondo de las aguas; veíamos el vecindario consternado... Día de luto para Gran Canaria y para la patria italiana.

Agotado con frase lastimera el asunto de actualidad, repetí á mi ninfa el deseo de que me esclareciera lo concerniente al Virrey Osuna; y ella, con mimosa desgana, como los chiquillos á quienes se pide que reciten la lección, me contestó: «Pátron querido, ya sabes que la Historia de los siglos pasados no es mi fuerte. Padezco de olvido, y revolver los viejos anales me fatiga. A grandes trazos puedo decirte que don Pedro Téllez Girón, virrey de Nápoles, fué un valiente guerrero por tierra y por mar, azote de los corsarios berberiscos, y además político insigne. Calumniado en la Corte de las Españas, fué perseguido y encarcelado. Si no puedo referirte al detalle las hazañas y desventuras de aquel célebre prócer, te recitaré el soneto que le dedicó Quevedo. Dice así:

Faltar pudo su patria al grande Osuna;
Pero no á su defensa sus hazañas.
Diéronle muerte en cárcel las Españas
De quien él hizo esclava la fortuna.

—No sigas; ya recuerdo el soneto. Dejémonos de historias y vámonos á dar un paseo.

—A Pompeya, á Pompeya. No tienes idea de lo bonito que es la ciudad desenterrada, la víctima del Vesubio, el año mil y tantos de la Era Cristiana... No digo la fecha exacta porque la ignoro. Ya sabes que en eso de las fechas históricas soy una calamidad. Sepultada entre cenizas y lavas estuvo Pompeya no sé cuánto tiempo, hasta que en el siglo pasado fué descubierta y sacada nuevamente á la luz del día. Esto pasó en tiempo de un soberano que antes de reinar en España con el nombre de Carlos III, fué rey de las dos Sicilias, no sé si con el nombre de Carlos VI ó VII.

—Está bien; pero vámonos al punto á ver ese pueblo desenterrado, y enséñamelo todo, dejando las erudiciones enfadadas que se encuentran en cualquier librillo de viajes ó manual de Historia. En pocas horas recorremos el largo circuito de la costa de Nápoles al pie de los montes Somma, cráter apagado, y Vesubio, cráter en actividad, y dominando por la otra banda el incomparable golfo de Nápoles con las islas Capri, Ischia y Procida, que semejan divinidades oceánicas dormidas en el azul de las aguas.

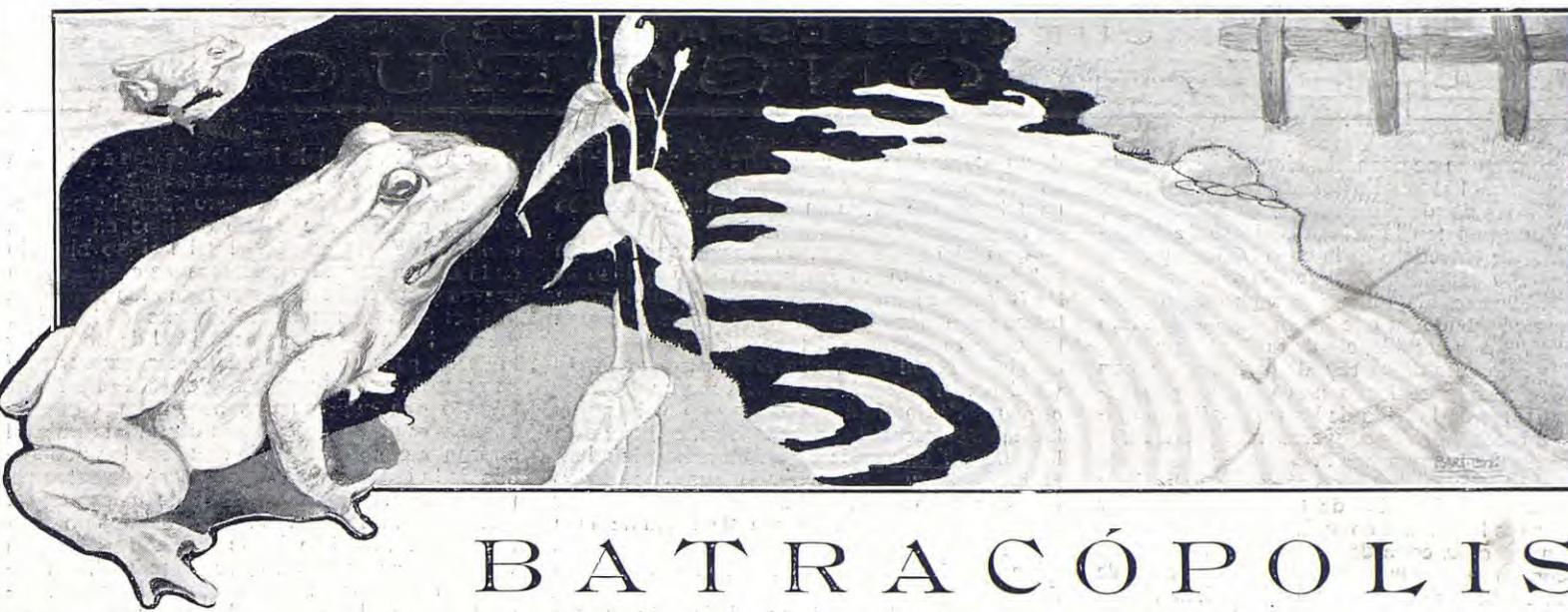
B. PÉREZ GALDÓS
(Se cont. n.º 2)

LA ESFERA

ARTE MODERNO



CREPÚSCULO, cuadro de Ricardo Verdugo Landi



BATRACÓPOLIS

QUEDAMOS, me parece, que esta nuestra España es, en su mayor parte al menos, una charca y nada más que una charca de aguas estancadas y quietas, anidadoras de tercianas. Y es mejor, piensan muchos, mucho mejor que no la agitemos, pues entonces se enturbia su clarísima sobrehaz, espejo de un cielo también quieto y estancado—cuando no hay tormenta—pero radiante y luminoso con luz cruda y sin matices, con luz encegadora, y sube á flor de agua el ciénago que es el poso de la charca. Y dicen los que así piensan que los trapos sucios hay que lavarlos en casa y se van á lavarlos á las orillas de la charca, donde croan las ranas y nadan los renacuajos sin croar y los trapos quedan, al parecer al menos, más limpios, pero la charca más sucia. Y toda esa podre de los trapos se va al poso de la ciénaga, cuajado de todas las porquerías que no se quiere ver, pero sin quererlo se ve.

La charca no está despoblada aunque lo parezca. Aparte de las ranas y sus renacuajos, anidan en el cieno de su fondo culebrones y tencas. Y por cierto no sé porqué cuando se habla de ciertos hombres públicos de esos que como las mujeres análogas, hacen la carrera después de haberse matriculado en un partido, sacando cartilla de él, sólo que carrera política, de ministro—pues hasta carrera puede ser un ministerio—se les llama congrios ó besugos. No, esta denominación no les cuadra bien. El congreso vive en las costas del mar libre, entre las rocas, y el besugo es un pescado que nada en el ancho océano libre y vasto. No conozco ni congro ni besugo de tierra adentro ó de tierra firme, y mucho menos de charca. El besugo no se hace á la charca. A esos sujetos se les debe llamar tencas, porque como éstas anidan en el cieno de las charcas y en la vecindad de las ranas. Y las ranas sirven á las tencas. ¿No ha oido nunca el lector decir de uno: «es de la madera de los ministros»? Pues bien, esos ministros de madera suelen ser de carne de tenca.

Nuestras ranas, las ranas de nuestra charca política nacional, de nuestra Batracópolis, no piden, como las de la fábula, rey; lo que piden es diputados. Y se los piden á las tencas y á los sapos que desde tierra explotan la charca. Los sapos es lo que se suele llamar caciques. Y aquí debo advertir que eso de que los sapos sean venenosos no pasa de ser una superstición popular, de la que los sapos mismos se aprovechan, dejándola correr. Y los sapos tienen, aunque parezca mentira, una especie de canto aflatado, un clin clón, clin clón—*clínciones* les llaman en mi pueblo—que no deja de tener, sobre todo de noche, su encanto.

Las ranas, incapaces de buscarse nada por sí mismas, piden diputados, como antaño pidieron rey. Y las tencas y los sapos les envían unas veces, las menos, culebrones, y de ordinario troncos ó ceporros. Y las ranas tan contentas con poder saltar sobre estos ceporros y jugar con ellos reconociendo que, á pesar de su bulto, son aún menos que ranas. Aunque el ceporro se convierta luego, por arte de magia, en tenca. Porque no hay ceporro que no sea ministrable.

Bueno, y ahora dejando el tono serio y hablando en broma, no han visto ustedes esos inverosímiles ciudadanos que adelantándose di-

cen: «¡Aquí estoy yo! me presento candidato á diputado por Villapocha!» Esto es corriente, pero por corriente que ello sea siempre me pareció un colmo de sinvergüenzas. Porque quien es un señor cualquiera—sean los que fueren sus méritos—para decir así: ¡«aquí estoy! me presento yo!» Claro es que algunos, menos frances aún, que no menos sinvergüenzas, inventan aquello de que lo hacen á ruego de sus amigos ó por complacer el ardiente anhelo de sus conciudadanos. Y aún hay más y es que hablan de derechos adquiridos.

Nada más interesante que ese derecho consuetudinario batracó-político con su jerga de derechos adquiridos, compromisos de partido, carrera política, méritos contraídos y compensaciones. Todo lo cual se funda en que á las ranas no les dá la gana de molestarse en pensar y estiman que el tener conciencia propia no puede conducir sino á revolver y enturbiar la charca.

Presumen, además, las ranas que si eligen para representarlas á otras ranas como ellas se les convertirán en sapos, en culebrones, en troncos y acaso en tencas. Y yo no sé si se dicen para sus adentros: de Juan á Diego no va un dedo.

Y volviendo otra vez á la broma les diré á ustedes, lectores, que no saben la cara de asombro que me puso una cría de tenca una vez que le dije que ni había derecho á presentarse nadie á representar nada público ni á pedir un solo voto, directa ó indirectamente, ni tampoco á rehusarlo con sólo uno que se le ofreciese. Pero esta cría de tenca, muy enterada en los secretos del misterioso rito del encasillado, me dijo que yo y otros tales no éramos más que un puñado de ilusos, utopistas faltos de sentido de la realidad. Despues me llamó soberbio y *poseur*. La actitud de hombre es para ranas, sapos y tencas una *pose*, algo para llamar la atención. Claro es, que ellos, las ranas, los sapos y las tencas no llaman la atención como hombres.

Me dijo luego la cría de tenca que era muy cómodo dedicarse á censor y á pesimista—á él que estima carrera la de ministro, el pesimismo se le aparece como otra profesión y no sé si lucrativa—y burlarse de la batracopolítica y me echó un pequeño sermón sobre el deber en que está todo ciudadano de intervenir en la cosa pública. La *res pública*, añadió, porque mi cría de tenca sabe algo de latín parlamentario. Y entonces,—vuelvo á hablar en broma—me acordé de una carta que me escribió no hace mucho un señor ministro de la Corona y en que me hablaba de «los que, sin querer llamarse *políticos*, ya sea por rigidez de principios, ya por mantener una postura que consideran gallarda, hacen, mal que les pese, *política*, en el sentido de influir con sus predicciones en la gobernación de los pueblos.»

Claro es que hacemos política! Y no mal que nos pese, sino muy á nuestro sabor. Lo que no hacemos es batracopolítica. Lo que no hacemos es presentarnos candidatos á nada, pues aún no hemos perdido la vergüenza humana. Y digo humana porque hay también una vergüenza batracia ó ranesca. Lo que no hacemos es declararnos reyes yendo á que nos pongan la tierra de una ganadería personal con la cifra—letra y corona—del amo y luego, mendigos, pordiosos

una casilla del encasillado, sea de Villapocha ó de Aldeabrutanda ó de Marmotería.

Un culebrón de la charca, que de tenca nada tiene, se burla donosamente de los pobres idealistas que quieren de la materia pública hacer espíritu público y dice, guiñando la pupila, que no van á ninguna parte. Uno de esos pobres hombres—siempre un hombre es pobre—dió en escribirle de cuando en cuando cartas sobre asuntos políticos—pero políticos de verdad y no batracopolíticos—y el bueno del culebrón se decía: «pero si no he hecho nada por él todavía...! y no me pide nada... ¿que es lo que querrá?» Que es lo que á cualquiera se le ocurre al oír croar á las ranas: «¿qué pedirán?»

Hay quien se dedica á pescar ranas y hasta tencas, y algunos á encandilar á aquellas. Pero es peligroso. Corre uno riesgo de caerse en la charca y como un hombre pesa más que una rana ó una tenca, por muy bien que sepa nadar, se llena de cieno y sale hecho una lástima. Y en cuanto á navegar por la charca en busca del vellisco de oro ó de la estrella del alba no hay que pensar en ello siquiera. Además los pescadores de charca lo que pescan es reuma ó unas tercianas. Siendo hombres, se entiende.

Desde hace algún tiempo suena por las orillas de la charca y aun dentro de ella, esta palabra: ¡ciudadanía! Hasta las ranas la croan ya, pero siguen siendo ranas y siguen croando encima del ceporro. ¡Ciudadanía! ¡Claro está! Ese es el remedio al profesionalismo batracopolítico, á que se haga carrera de culebrón ó de tenca ó de sapo. Pero ya están traduciendo eso de la ciudadanía al croamiento batracopolítico; ya empieza á ser una carrera la ciudadanía.

«Bueno—me dijo una vez la susodicha cría de tenca—¿cuál es tu sistema político?» Quería que le explicase una especie de República como la de Platón ó una Utopía como la de Tomás Moro ó á lo menos que le expusiese un programa que se pudiese llevar á la práctica. Pero en cuanto comprendí lo que él entendía por práctica le dije para quitármelo de encima: «mi reino no es de este mundo.» Y entonces él que no dejaba de tener su viveza, me replicó: «¡pues hasta Cristo hizo política! ¿qué sino un principio político es aquello de: dad al César lo que es del César y á Dios lo que es de Dios?» Y le contesté: «claro está que hizo política y por eso le crucificaron, y sino lee lo que se dice en el versillo 48 del capítulo xi del Evangelio según Juan y los versillos que siguen, y verás como le crucificaron por lo que ellos, los saduceos y fariseos dirán antipatriotismo, es decir, por política.»

¿Y qué remedio queda? Solo uno y es hacer política fuera de la charca, en tierra enjuta y florida, pisando yerba, mejor entre el polvo que entre el cieno, al aire libre y sin presentarse nadie á nada sino presentando su pensamiento tal como se refleja en la conciencia de un ciudadano libre y orejíano, sin tierra ni marca. Y hombres así pueden entenderse y concertarse y organizarse y reprimirse y hacer una conciencia colectiva y unificada y disciplinarla para la acción, pero como hombres. Como hombres que se buscan á sí mismos y no como ranas que piden diputados.

MIGUEL DE UNAMUNO

DIBUJO DE BARTOLOZZI

CUENTOS ESPAÑOLES
EL MONSTRUO

DURANTE una semana, de cinco á siete de la tarde, el «todo París» de los *te tango* y los *tes* donde simplemente se murmuraba, habló con insistencia del casamiento de Mauricio Delfour (heredero de la casa Delfour y compañía, 250 millones de capital) con la bella Odette Marsac, nieta de un parlamentario célebre y casi olvidado, que había sido candidato dos veces á la presidencia de la República.

El matrimonio de un rey de la industria con una princesa republicana no es un suceso extraordinario en la vida de París, y sólo da motivos á media hora de conversación. ¡Pero estos dos eran tan intererantes!...

El había cruzado muchos ensueños femeninos como la personificación de todas las gracias y sabidurías humanas: copa de honor en carreras de ginete *chic*, copa de honor en innumerables concursos de esgrima y tiro de pichón, copa de honor en la gran lucha de automóviles París-Nápoles. Su despacho iba tomando aspecto de comedor por el número de vasijas gloriosas que se alineaban sobre los muebles.

Ahora añadía á sus triunfos corporales cierto prestigio de hombre de ciencia, dedicándose á la aviación, volando casi todas las semanas, y frunciendo el ceño con aire misterioso cuando alguien hablaba en su presencia de problemas de mecánica.

Ella era Odette para sus amigas, la incomparable Odette, y para el resto del mundo *mademoiselle Marsac*, un nombre famoso, pues figuraba en todas las crónicas elegantes, en todos los estrenos, en todas las revistas de modas. Los meditabundos y sublimes modistas de la *rue de la Paix* contaban con ella para lanzar en las grandes solemnidades de la vida parisíen sus innovaciones de artista calenturiento. Su cuerpo incomparable hacía palidecer y suspirar á las mujeres; cincuenta y ocho kilos de peso; un escote ideal; las clavículas marcando sus elegantes aristas como un zócalo de la frágil columna del cuello; los homoplatos despegándose de la espalda como alas nacientes; las piernas largas, y casi rectas, asomando tranquilas, sin miedo á la tentación, por el borde de la falda; una capa de substancia carnal repartida con parsimonia para recubrir solamente las rudezas del interno andamiaje; un cuerpo casi «aéreo», un pretexto para que los vestidos contuviesen algo en su interior y no se movieran solos. Y sobre este organismo, supremamente distinguido, un rostro alargado por el mentón en punta, con un pequeño redondel rojo, la boca; dos almenras enormes y negras, los ojos; dos tirabuzones sobre las orejas iguales á las patillas

de un «toreador», y una torre de pelo mixto, con rizos propios y ajenos. La Venus moderna, tal como la adora en sus geniales ensueños un iluminador de figurines.

A principios de 1914, un nuevo *sport* había enloquecido á todas las gentes distinguidas de París y las capitales de Europa y América que forman sus arrabales. El mundo decente movía las caderas bailando el tango. Y á la cabeza de esta humanidad «tangueante» figuraron Mauricio y Odette. El se había encerrado con un profesor argentino, jurando á sus dioses no volver á la luz hasta poseer esta nueva ciencia, como poseía las otras. Y una tarde empezó á recibir la admiración del mundo, moviendo sus charolados pies con altos tacones, su talle encorsetado por el ceñido chaquet, su cabeza de brillante laca con el pelo rígido y echado atrás, bajo las lámparas eléctricas de un hotel de los Campos Elíseos.

Ella compartía la misma admiración en otro extremo de la escena, y los dos se buscaron con la atracción de dos astros que se presien-

ten, con el irresistible impulso de dos afinidades colectivas, para no separarse más.

Bailaron en adelante el uno para el otro. Imposible encontrar el ritmo sublime en brazos distintos. Y sin romper el misterioso silencio de la danza sagrada, mientras se contoneaban graves y meditabundos con todas las potencias intelectuales fijas en el movimiento de los pies, reconocieron los dos la necesidad de no perder la pareja para seguir bailando eternamente. Así se amaron, así se casaron, y el «todo París» se levantó una mañana dos horas antes que de costumbre para asistir á una ceremonia nupcial adornada con la presencia de todos los poderosos de la industria y un sinnúmero de personajes políticos, amigos del abuelo de la desposada.

El amor idílico de los recién casados no ofrecía dudas. Mauricio había procedido como un verdadero enamorado, diciendo ¡adiós!, sin esperanza de retorno, á sus varias amantes, sacerdotisas de las más nobles artes: la comedia, la ópera y el baile. ¡Se acabaron las locuras! Su mujercita y los estudios serios nada más.

Ella seguía coqueteando como antes, pero por costumbre, sin dar pretexto á osados avances, por añadir á la felicidad del esposo el incentivo del peligro.

Habían instalado su dacha en el hotel de los Delfour, suntuoso edificio elevado por el primer millonario de la familia junto al parque Monceau, entre viviendas de sus compañeros de riqueza y con la fachada posterior sobre el mismo jardín. La viuda Delfour se refugió en el último piso con los muebles de su antiguo esplendor, dejando libre el resto de la casa á su hijo y su nuera para que ésta pudiese satisfacer sin obstáculo sus gustos decorativos.

Todas las fantasías e incoherencias del estilo bizantino-persa incubado en Munich, hicieron irrupción en esta casa de salones rojos y dorados e imponentes sillerías del tiempo de Napoleón III.

Mamá Delfour, siempre vestida de negro, con el aire grave y reflexivo de una mujer que conoce el precio de la vida, presenció impasible las invenciones de la recién llegada; fiestas orientales que alborotaban el tranquilo hotel; tés danzantes; túnicas de lino transparente estrechas como fundas y con enormes flores de realce, en las que encerraba su magra desnudez. Como su hijo adoraba á Odette, ella se esforzó en justificar todos los caprichos y saltos de humor de la nuera. ¡Pobre niña! Se había criado sin madre, viviendo como un muchacho.

ooo

Y vino la guerra. Uno de sus primeros efectos fué dilatar los



ojos de la nueva señora Delfour con una expresión de asombro. ¡Pero era posible esta calamidad!... ¡Ahora que la gente se divertía más que nunca!...

La suegra pareció crecer, saliendo del tímido encogimiento. Su mirada se posó sobre personas y cosas con grave lentitud, como si las reconociese de nuevo. Había visto mucho. Sus primeras palabras de amor con el fabricante Delfour se cruzaron en 1870, durante el sitio de París. Luego, de recién casada había presenciado la tragedia de la *Commune*.

El hijo se fué cuando su mujer le admiraba como un hombre nuevo, viendo realzadas sus gracias varoniles por las ventajas del uniforme. Quiso entrar en la aviación, pero la aviación marchaba mal al principio de la guerra, y, para ser de una utilidad inmediata, permaneció en la artillería.

También Odette quiso ser útil á su patria. Todas sus amigas frecuentaban los hospitales.

Y se lanzó á ser enfermera, admirando el uniforme blanco, con su capa azul y su alba toca; algo sencillo y nuevo que sentaba perfectamente á su belleza. Su afán por lucir la última moda le hacía abandonar muchas veces á los enfermos, paseando en automóvil, por el bosque de Bolonia, la blanca túnica con cruces rojas en las mangas y en el pecho. Mientras tanto, la viuda Delfour, sin abandonar su eterno traje negro de burguesa, pasaba días y noches en un hospital.

La guerra ofrece sus satisfacciones y deleites. ¡Los tes entre las mujeres, sin la presencia de hombres molestos que agobian con sus galanterías, vestidas casi todas de blanco como criadas de balneario, recibiendo las ojeadas envidiosas de las que no llevan uniforme, fabricando géneros de punto para los soldados, con la torpe suficiencia de una labor enseñada recientemente por la doncella!...

—Mi marido combate en Alsacia. ¿Y el señor Delfour, dónde está?...

El Sr. Delfour andaba del lado de Bélgica, y su esposa, lanzando en torno una mirada de orgullo, iba contando sus glorias. Dos citaciones en la orden del día: cruz, segundo galón. Pero illoian héroes, y Odette experimentaba cierto despecho al oír que todas las otras casi decían lo mismo de sus hombres.

¡No poder distinguirse!...

Un día el hotel del parque de Monceau se convirtió con una terrible crisis de nervios y lágrimas, acompañada de choque de puertas, llegada de automóviles, desfile de médicos. El teniente Delfour estaba herido de gravedad por la explosión de una granada. Odette quiso marchar al lado de su esposo inmediatamente. ¡Imposible! Luego quiso morir, mientras la madre permanecía erguida, silenciosa, pálida, con los ojos parpadeantes y secos, mordiéndose los labios.

Luego, al volver á las reuniones íntimas, experimentó cierta satisfacción. Ninguna amiga se comparó con ella.

—Mauricio está herido; gravemente herido.

Y todas se apiadaban del esposo seductor maltratado por la guerra.

La general admiración hizo que acabase por conformarse con la importancia de las heridas. ¿Cómo serían éstas?... Se imaginó á su marido cojeando, con una mano en un bastón y la otra apoyada en su brazo. Formarían una pareja interesante. El porvenir les reservaba aún largas horas de felicidad. Ella lo protegería y lo alegraría con ternuras de madre y caricias de

amante. Una tarde, en la *rue Royale*, vió á un subteniente de pocos años, casi un niño, que marchaba al lado de su novia con una manga vacía. Mauricio también había perdido un brazo; estaba segura de ello. Por eso sus cartas breves, de una alegría penosa, eran siempre dictadas... ¡No importa; ella sería el apoyo de su esposo; su brazo substituiría el brazo ausente. Lo interesante era volver á contemplar su rostro, mirarse en sus ojos claros, acariciadores y graciosamente irónicos. ¡Ay, como le amaba!...

Las amigas la acogían siempre con la misma pregunta: «¿Cómo sigue el herido?...» Y ella contestaba con seguridad: «Mejor. Pronto vendrá á París».

Y pasaron meses; y llegaron cartas y más cartas de letra extraña, dictadas por él. La madre, inquieta, interroga á los antiguos amigos de la familia, graves varones que indudablemente ocultaban algo.

nuaba. Le faltaban los brazos, le faltaban las piernas, era un tronco nada más, conservado por los prodigios de la cirugía; un harapo rematado por una cabeza viviente.

—¡Odette!... ¡Odette!—murmuró la boca negruzca, humildemente, como si pidiese perdón por su desgracia.

Pero Odette había huído, atropellando á los criados que se agolpaban en la puerta. Corrió por los pisos superiores sin saber lo que hacía, dando alaridos como una mujer de la tragedia griega, chocando con muebles y paredes, mordiéndose los sueltos cabellos, loca de sorpresa, de miedo, de repugnancia. ¡Y aquel monstruo era su marido! ¡Y habría de permanecer junto á él toda su existencia!...

—¡Odette!... ¡Odette!—seguía gimiendo abajo la voz humilde y dolorosa.

El ojo único se fué cubriendo de lágrimas. Todos huían. Hasta los criados le contemplaban á distancia, buscando ocultarse cada uno detrás



—Las heridas son muchas; pero ya está fuera de peligro. ¡Valor! Lo importante es que viva.

Una mañana Odette saltó de su lecho, súbitamente despertada por algo extraordinario que conmovía el hotel. Al levantar la cortina de una ventana vió al otro lado de la verja un automóvil cerrado, con cruces rojas. La marquesina de cristales de la escalinata apenas le dejó distinguir á un grupo de hombres que subían cuidadosamente algo envuelto, como un mueble frágil. Su corazón dió un salto. ¡Mauricio!...

Cuando mal vestida se deslizó por la escalera, corriendo á un salón del piso bajo, los domésticos, azorados y trémulos, pretendieron detenerla. Entró, reconociendo inmediatamente la dolorosa cabeza que descansaba sobre las almohadas de un diván. Era él, atrozmente desfigurado, con las mejillas surcadas por el lívido arabesco de las cicatrices...; pero era él. De sus ojos sólo quedaba uno. La falta del otro estaba oculta por una venda negra que moldeaba la cuenca vacía. Luego vió su pecho cubierto por el paño azul de una blusa vieja de oficial. Pero al llegar aquí, la mujer vaciló sobre sus pies como si la sorpresa le asentase un puñetazo de mordedor. Lanzó un grito... El herido no conti-

del compañero, queriendo escapar y avanzando la cabeza al mismo tiempo, con una expresión doble de curiosidad y repugnancia. Evitaban el tocarle como si fuese algo gelatinoso y repelente; un pulpo con las extremidades rotas; una mucosidad informe de la guerra. El, que poseyó millones y tanto amaba la vida, quedaba al margen de la vida para siempre.

Su miseria creaba el vacío. Hasta su perro favorito gemía á corta distancia, avanzando y retrocediendo en violentas alternativas de lealtad y de espanto.

Y así sería siempre... ¡Ay: morir! ¡Morir, cuanto antes!

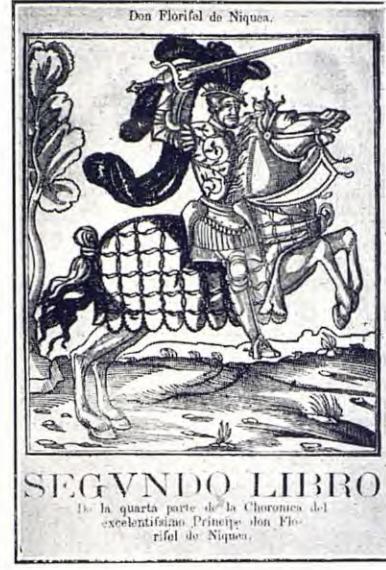
De pronto el grupo de domésticos se deshizo. Alguien había entrado con violencia. El monstruo vió un peinado blanco que venía hacia él; sintió en sus cortadas mejillas el contacto de una boca que acababa por acariciar frenética el vendaje de su órbita hueca; un rocio tibio mojó su cuello; unos brazos nerviosos de pasión abarcaron su franco informe, como si fuesen á mecerle...

—¡Mamá!... ¡Oh, mamá!

—¡Hijo mío! ¡Hijo mío!

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ

DIBUJOS DE BARTOZZI



Libros para enloquecer y realidades para acordar

HELOS ahí, uno á uno, con sus estupendos grabados en madera, con sus orlas floridas, con sus letras góticas, los libros que enloquecieron á nuestro Alonso, bien llamado *Don Quijote*. Con perdón de los eruditos, muchas cosas podrían decirse llenamente de esos libros, que llenaron con su prez todo el siglo xvi, y á tí, lector, no habría de espartirte ello porque aquí, en la intimidad nuestra, deberías confesarme, tú abogado, tú médico, tú ingeniero, que no has leido el libro de Cervantes y que si acaso cayó en tus manos lo arrojaste con enfado sin encontrar el encanto de que todo el mundo habla... Y he aquí, que cuando ese libro se publicó causaba enfado á los nobles y y á los doctos mientras deleitaba al vulgo. Hoy—mantenga el engaño quien quiera—, mientras los personajes del libro y algunas de sus escenas forman parte de aquel cúmulo de conocimientos que están en la pública circulación y saben todos de oídas, sin tener que aprenderlos en los libros, el vulgo no lee á *Don Quijote*, los de mediana cultura se satisfacen con saber lo que de ello saben y los doctos persisten en su enfadosa tarea de hurgarle los entresijos á Cervantes, como si no hubiesen sacado ya bastante de ellos.

Floríscio

que por otro noble es llamado el caballero del Desierto
el qual por su gran esfuerzo y mucho saber alcanzo a ser
rey de Bohemia.



Cópialegio

Así, no habiendo de darte desazones la *Historia del Ingenioso Hidalgo*

go, menos te la darán, lector sincero, las de los libros que le volvieron loco. No podía nacer esta literatura sino cuando toda Europa se estremecía en una fiebre de grandezas. Esas letras desdeñadas y olvidadas





cia; el Caballero del Febo, el Troyano y D. Hispalian de la Venganza, hijos del Grande Emperador Floribacio; Lisuarte de Grecia, hijo de Espladían; Tablante de Ricamonte, hijo del Conde Donafon; Primaleon, hijo de Palmerin de Oliva, y Félix Marte de Ircania, hijo del Príncipe Flosarán de Misia, y así otros que tal, por donde se ve que á todos estos les venía el ser caballeros andantes por aquella misma trazón y ley natural con que ahora á otros caballeros andariegos les viene el ser directores generales, subsecretarios y prestes de las Indias, si á la pobre España le quedaran Indias en que apacentaran sus ansias de grandezas nuestros modernos desfacedores de entuertos sociales, desencantadores de princesas y castigadores de folones y malandrines.

Toda esa literatura que enloqueció al pobre hidalgo manchego, era una literatura de privilegio, de casta aparte y superior. En toda ella apenas si recordamos un Floriseo, caballero del Desierto, que por su solo esfuerzo llega á ser Rey de Bohemia. Acaso en este contraste se engendrara el éxito popular de *Don Quijote*. No es que fuera la caricatura de los caballeros andantes, hijos de reyes, de príncipes y de nobles, sino que aun loco y desconcertado, en ridículo y en apaleos, rodando por los caminos y las ventas, engañado y burlado siempre, era el caballero andante que salía del pueblo y tenía su alma y le pertenecía enteramente.

De tal modo, si antaño había libros para enloquecer, también había realidades para acordar; para tornarse cuerdos los que estuvieren con el juicio perdido ó alborotado. Poco más ó menos, lo mismo acontece ahora. De estas realidades hay una, la más nacional y característica, que antaño andaba por los caminos y contribuía al engrandecimiento del Imperio, alistándose en los tercios que iban al Rosellón y á Flandes, embarcándose para Indias, refugiándose en los claustros ó trocándose en ingenio en las aulas de Alcalá y Salamanca.



III Siquiera Almudí de Gaudí, el más famoso de todos ellos; ya no leemos á Cervantes, aunque nos faltase valor para confesarlo, y, sin embargo, en toda la ancha faz de España hay aquella misma abrumadora y baja realidad de carretera polvorienta y venta mal oliente, que llena el libro, que fuera divino, *si encubriera más lo humano*.

Porque en ese ambiente hay un ideal, el de *Don Quijote*, y está loco el hombre que lo ama y lo defiende.

DIONISIO PÉREZ





EN LA EXPOSICIÓN DE PERROS

OTROS años, con la llegada de la Primavera y el arribo de los forasteros á Madrid para divertirse y holgarse con las fiestas de San Isidro, el Retiro ofrecía como espectáculo curioso sus pobres fieras enjauladas, asombro de los chicos y de muchos grandes. Ante los hierros del encierro se veían grupos pintorescos formados por garridas labradoras de Sotogrande, recios charros de Fuentefría y abultadas bellezas de Flor de la Jara. Algún húsar ponía entre ellos la nota abigarrada de su uniforme y era guía de la ingenua curiosidad de las buenas gentes. Asombrándose un poco á cada palabra, escuchaban con atención infantil la lección del húsar, y así, al volver á la quietud de su pueblo, en el recuerdo del bullicio cortesano, tenían una trágica imagen el tigre de Bengala y el león melenuido, resignado y triste en su prisión, sin orgullo ni gallardías, como si ya no tuviera concepto de su selvática realeza.

La belleza de Flor de la Jara pasmaba á sus paisanos con la eloquente lección del húsar.

—Este es el león, el rey de las sevas. ¡Oh!

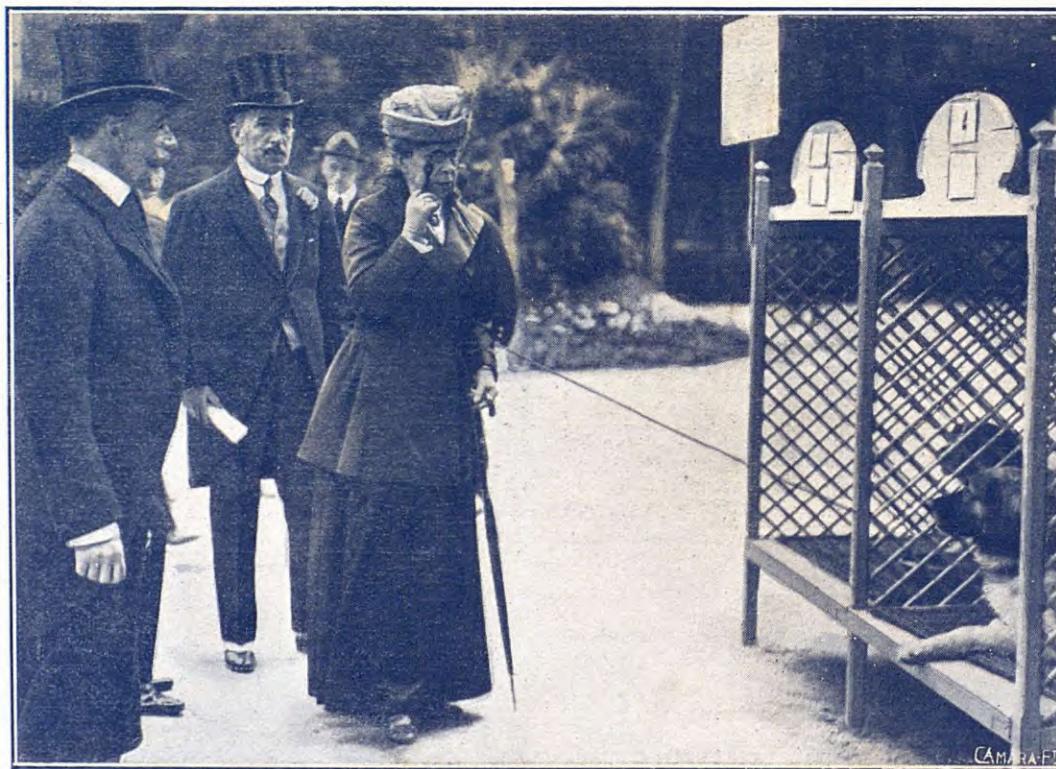
Y el concurso unánime hacía propósitos de venir á Madrid al otro año, para extasiarse en la contemplación de las infelices fieras enjauladas.

Ahora, no. Cuando la señorita Primavera se viste de gala y llegan las fiestas de San Isidro Labrador, no

son el tigre elástico, ni el león sin grandeza, ni el oso paciente y filósofo, los que atraen la atención forastera en el Retiro. Son los perros, los lebreles de caza, los guardianes del hogar, los menudos canes de lujo, que tienen unos días el cetro de la curiosidad, humildes y sumisos en sus frágiles jaulas, cuyas paredes de madera parecen temblar con la alborotada algarabía de los ladridos. Y también la atención ciudadana se detiene ante los calabozos perrunos, unas veces para admirar la pureza de ésta ó de aquella raza y otras, las más, para distraerse poniendo un comentario á la actualidad.

La Exposición canina es fiesta que congrega en el frondoso parque madrileño la aristocrática juventud, la belleza castiza y la ingenuidad lugareña. Entre la algarabía de los ruidosos prisioneros se habla de carreras de caballos, de enlaces y bautizos próximos, de modas, de beneficios teatrales, de la última faena de Joselito. Y mientras tanto, un húsar, que puede ser hermano del que explicaba antaño la ferocidad del león, habla también de la pureza de sangre de un perrazo de miembros firmes y hocico de lobo. Y un buen hombre se acerca á la jaula convencido por el discurso. Y proclama asombrado:

—Sí que debe de ser de pura raza, porque mira el almohadón de seda que le han puesto.—M



La Reina Doña María Cristina visitando la Exposición de perros, instalada en el Retiro, acompañada del Presidente, Sr. Conde de Lérida

FOT. SALAZAR



FANTASÍAS

Se había improvisado la tertulia en torno á Ignacio Zuloaga, que apareció de repente en nuestro café habitual. Un señor comenzó á perorar en defensa de las calles tiradas á cordel. Le interrumpió el gran pintor para decirle:

—¡Cómo se conoce que no es usted pintor!

Añadió otro de los contertulios:

—Ni poeta.

Se atropellaron varias voces, cada una con su comentario y protesta:

—Ni enamorado.

—Ni joven.

—Ni digno de ser viejo, ya que no siente la voluptuosidad de las nostalgias...

En seguida alguien se entregó al sensualismo de evocar en voz alta las callejas de las ciudades andaluzas. Todos le acompañamos en su paseo sentimental, pintoresco y caprichoso.

Ya anochecía, y el blanco de los jalbegados muros azuleaba en la sombra igual del crepúsculo. Y se amorataban las losas y guijarros de la tierra. Arriba se desvanecía el listón de cielo que á lo largo de la jornada fué añil, luego dorado en la púrpura del sol de la tarde, y ya se desmayaba en una inefable palidez, como si hasta allí llegasen las campanadas místicas del *Angélos*... En cambio de haberse obscurecido el callizo, dobraron su fragancia los rosales y las manzanas de las tapias de un convento de monjas, y las pasionarias y los jazmines de la muralla de un caserón solariego que se alza en mitad de la pobretería de las viviendas miserables, y ese único clavel de la reja tuya, niña, chacha Soledad... De cuando en cuando se levantaba la brisa, y llegaban aromáticas tufaradas jardineras ó marineras que habíamos trasladado á Málaga, la tierricita más hembra y más gachona del mundo en toda su redondez...

Nos detuvo, nos paralizó de pronto el murmullo de un guitarra. Imposible escudriñar la encantada mansión musical, con sus puertas



Una calle de la Alcazaba, de Málaga

FOT. OSUNA

entornadas, y era la misma agrídule quietud de sentir las palpitaciones del corazón de la mujer amada, nuestro oído en su pecho, y no saber qué dicen los latidos que á veces se apresuran y otras se retardan, como las últimas lentes lágrimas... Siempre que suena un piano á lo lejos, inevitablemente soñamos con unas manos femeniles sobre el teclado; pero la guitarra invisible que se plaíe á nuestra vera no permite otra ilusión que la del mozo bronzeado y pasional, entretenido en contarle al salterio moruno sus cuitas con el adorado tormento, para después referirle al adorado tormento las mimosidades

que aprendió en su diálogo con la prima y el bordón...

Seguimos caminando, y ahora olía el trozo de calle á nardos, borrachos de deseo y de melancolía, y lanzaban sus últimos gritos unos pájaros en las encrucijadas. La esquila infantil del convento se echó á rodar en la espalda y alborotaba como un chico que no respetase el misterio del lugar. Acaso la menuda campana no ponía el religioso fervor en nosotros, pero sí una apacible sonrisa en nuestros labios.

Surgió en una revuelta, y como un relámpago, como una mirada, ha desaparecido instantáneamente en la próxima angostura, una chavala, la sinfonía de brillantes negras, desde el moño y la peina, las pupilas, el sedeno cresponcito encendiendo á la frágil y resbaladiza espalda, como el paño mojado que envuelve las estatuas en preparación, con los chapines de charol, los chapines que tienen sendas borlas, como hebillas de plata los zapatos de los canónigos—¡mire usted qué tontería! que dicen en el cante ese de los *lobitos*—, y que llevan en los tacones las tapas de unas castañuelas, tanto alborotan entre los guijarros. Nosotros dilatamos los párpados y la mocita bajó los suyos. Ya no está en la calle, en Málaga, en el

globo. En cuanto se esfumó ha brotado en lo alto un lucero de cristal..

Y se acabó la paseata, porque nadie se resignaba al abandono del refugio que podríamos llamar serena cisterna de las almas, los perfumes y las horas. Al más animoso de nosotros sólo quedábanle fuerzas para llegar á una de las rejas inmediatas y pedir una limosna de chacharras y madrigales. Pero un duende que no se mostró, con rápida violencia ha corrido la cortina. Con que colorín colorao...

FEDERICO GARCÍA SANCHÍZ

EN LA TORRE DE LONDRES

DE todos los viejos monumentos en donde la historia ha grabado una página lúgubre, no hay ninguno que cause esa impresión de terror, de aplanamiento, de angustia, de pesadilla que se experimenta en la «Torre de Londres».

Un conjunto de construcciones irregulares rodeadas de una muralla con almenas, un profundo foso y una potente batería de cañones al lado Sur, sobre el Támesis, que parece aquí más sombrío y melancólico, y al Norte una plazoleta de escasos árboles y negruzco césped que recuerda el sitio en que tenían lugar las ejecuciones, cuando no se verificaban dentro del mismo recinto de la fortaleza.

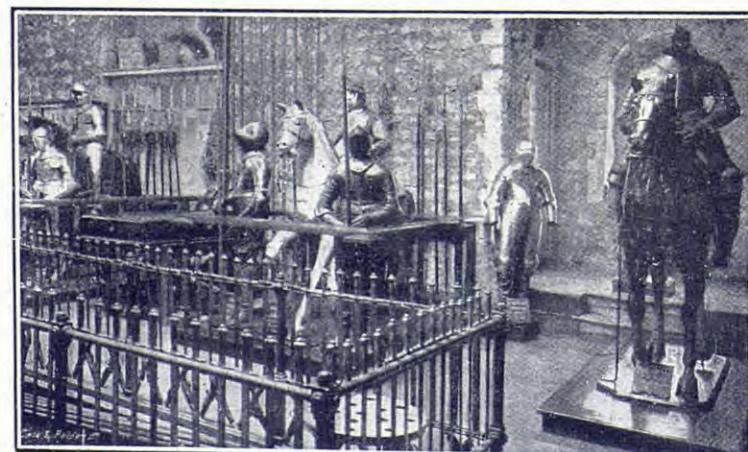
En vano la torre de Wakefield nos muestra todos los esplendores de las joyas de la corona inglesa encerradas en la vitrina rodeada de una fuerte reja de barrotes de hierro. Todos los cetros, brazaletes y collares, el *Cullinan diamant* y el soberbio *Koh-y-Noor* (montaña de luz) nos interesan menos que aquel calabozo subterráneo de la misma torre donde el sabio y virtuoso sir Walter Raleigh sufrió tantos años de martirio y escribió su «Historia del Mundo».

No se concibe cómo los soberanos ingleses hicieron en otro tiempo su morada en estas habitaciones de *Whiste Tower* (torre blanca), que forma la principal construcción. Es incomprendible la vida en habitaciones cuyas paredes tienen cuatro metros de espesor. En vez de darnos impresión de solidez parecen dirigirnos una amenaza. Allí se han asesinado reyes y se han cometido toda clase de crímenes. Bajo la escalera oculta en el muro se han encontrado los restos de los dos infelices niños hijos de Eduardo IV, asesinados por su tío Ricardo III, de los cuales ha hecho sus héroes la leyenda.

Las viejas habitaciones donde más de una vez gimió un príncipe prisionero, son hoy armería real. Guardan armaduras históricas, escudos, bronces y banderas; mezclado a todo eso, los tajos, las hachas de los verdugos y los instrumentos de tortura.

Al otro lado del patio interior de la fortaleza, se alza la *torre sangrienta*, lugar del asesinato de los príncipes; a un extremo, el *arco de los traidores* y la *Torre de Beauchamps*. Es ésta la que da mayor impresión de tristeza, la que conserva aún en sus paredes las inscripciones que grabaron con sus cadenas los desdichados prisioneros. Se miran con terror las figuras siniestras de los guardias, vestidos a la usanza antigua (1), y las aspilleras abiertas en el muro que apenas dejan penetrar la luz del día.

(1) Estos guardias se llaman Beef-eaters, porque es uso darles todos los días una ración de carne de la mesa real.



Armaduras que se conservan en la Torre de Londres

Sería interminable la lista de prisioneros ilustres que hubo en la Torre. La mayoría de ellos pertenecen al tiempo de la reina Isabel, católicos y partidarios de Marfa Estuardo.

Las inscripciones admiran y conmueven. Las hay de personajes notables, como el nombre *Janne*, grabado por Juana Grey, y el de Robart Dvdley, que llegó después a las más altas dignidades con el título de Duque de Leicester. Es éste uno de los pocos prisioneros de la torre que han logrado escapar; su hermano Guildford salió para el cadalso, y su hermano Juan, el heredero del ducado de Northumberland, sucumbió entre esos muros. Hay varios dibujos firmados *Tomás Peverel*, atribuidos al héroe inmortalizado por Walter Scott. Bajo el sencillo nombre de Arundel se encuentra una inscripción del Duque de Norlitz, prisionero durante once años por no aceptar su libertad a cambio de la abjuración de sus creencias. Dice así: «La mayor aflicción por causa de Cristo en este mundo es mayor gloria con Cristo en el mundo futuro. Tú lo has coronado con



Detalle de las cuevas de la Torre de Londres

Marfa Estuardo. Sería tarea interminable recoger todo el dolor y la paciencia que han conservado esas paredes. «Qué desgraciado soy»—exclama uno que no firma, quizás avergonzado de expresar su desgracia—. «Como la virtud da la vida el pecado causa la muerte»—dice otro.

Bajo el nombre de *Waldran* se encuentra la inscripción del héroe de Irlanda, Thomas Fitzgeralde, preso a la edad de veintiún años en unión de sus cinco tíos, que fueron conducidos a Inglaterra a bordo del navío *Vaca*, con lo cual se cumplió la profecía irlandesa de que cinco hijos de un conde irían un día a Inglaterra en el vienre de una vaca y no tornarían más.

En la actualidad la torre ha vuelto a tener prisioneros.

Irlanda vuelve a ofrecer víctimas en una de sus constantes revueltas. Esta vez Sir Roger de Casse ha tenido por prisión la torre célebre y trágica.

Esto ha evocado en mí el recuerdo de ese lugar sombrío, toda esa evocación de sus calabozos, de sus torreones, de aquella losa fúnebre que en medio de un patio recuerda el lugar en donde se alzó el tajo que segó las cabezas de Ana Bolena, Catalina Howard, Juana Grey y Margarita Pole. Y más allá ese cementerio, que, como dice Macaulay, es el más triste de los cementerios, porque en él no aparece la muerte en compañía de la piedad, como en los de Westminster ó San Pablo, ni puede evocarse un recuerdo de amor como en los sencillos cementerios de aldea. Es el cementerio de los asesinados, las víctimas de crímenes vergonzosos y de destinos nefastos.

Apena pensar que aún hay un prisionero entre los muros de esa torre, que, después de visitarla, parece que nos aprisiona aún y nos hace respirar mal. Se vuelve con miedo la cabeza hacia la mole sombría de pabellones grises, rodeada de cañones, y sobre cuyas tapias siempre se posa algún cuervo fatídico, mientras el río arrastra pesadamente sus aguas sin color bajo los cimientos y una luna violeta, sin luz, rompe la envoltura gris del cielo.

1586



Dibujo de Gyfford, en las paredes de la Torre de Londres

Toda la leyenda negra de Londres, toda la crueldad de la historia de Inglaterra, parece reunirse y condensarse en esa vieja fortaleza, que es el edificio histórico más impresionante y representativo.

CARMEN DE BURGOS
Colombine.

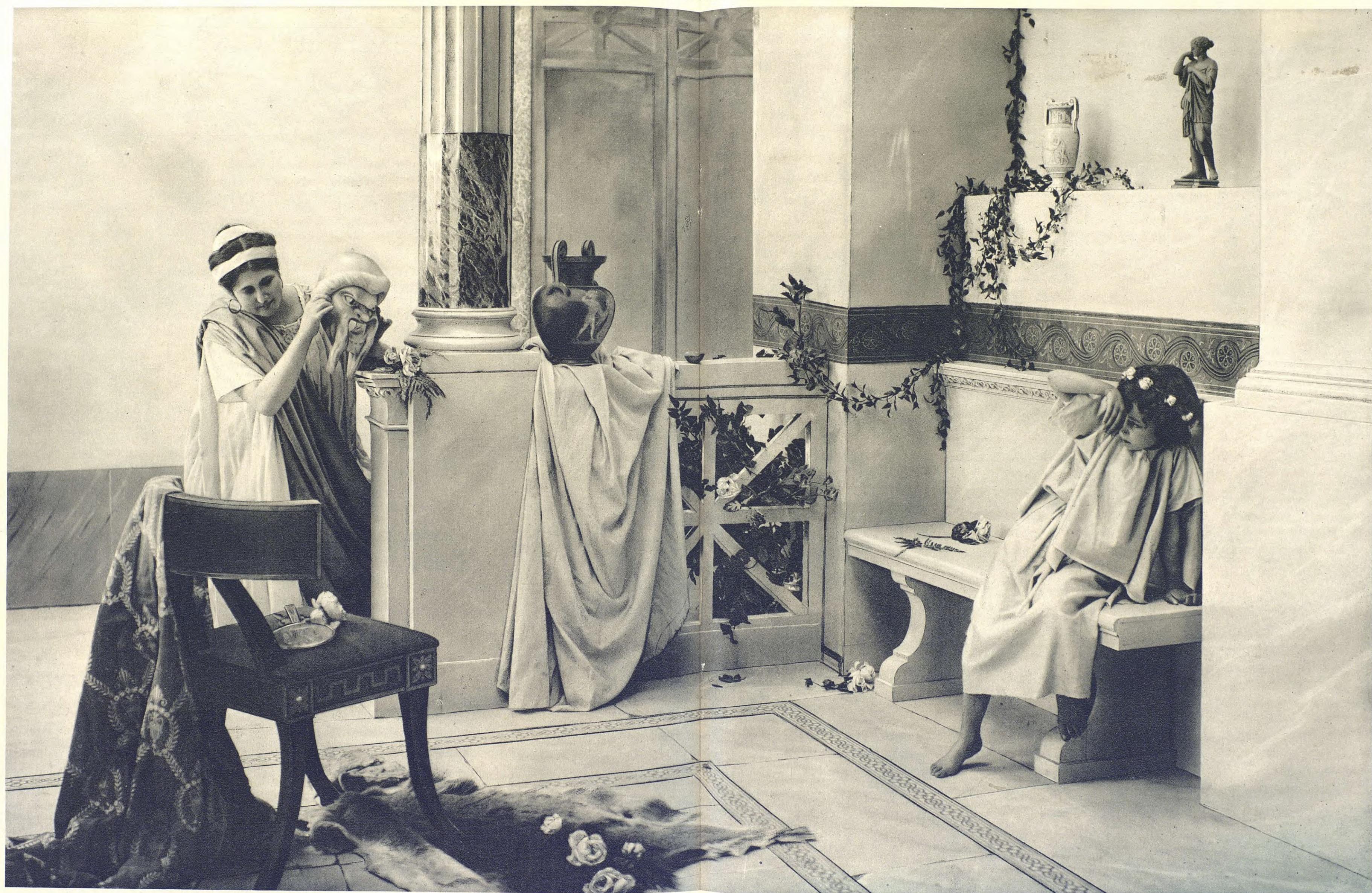
LA ESPERA

ARTE FOTOGRÁFICO



LA SEGADORA

Composición fotográfica del notable artista Casas Abarca



LA TRAGEDIA Y LA FARSA

Composición fotográfica del notable aficionado Antonio Prast

LA ESFERA

PANORAMAS ESPAÑOLES



UNA CAPILLA DE MONTSERRAT

Fot. Hilscher

LA MODA FEMENINA

*Todos los vestidos y todos
los sombreros no son para todas
las mujeres*



Las que hacéis la merced de leerme, sabéis ya cual es mi pensamiento con respecto al modelo obligado y á la forma que pretende absorber toda una época.

Contra ella se pronuncia mi espíritu, y yo, que soy naturalmente pacífica, amiga de la amable compañía del libro y apasionada de la mágica sugestión del verso, cuya sonoridad y delicadeza acarician mi alma con la misma mansa dulzura de esas músicas ténues y sutiles que llegan en horas pertinas desde muy lejos, como un eco, como un suspiro que nos envolviera en los aromas de su aliento, me rebelo y me resuelvo á «intervenir» con todas las fuerzas de que dispongo (léase intención, burla, ironía, crítica despiada, nervios si son preciosos), sin olvidar la ayuda eficaz y poderosísima de esta brillante publicación.

Y cuidado que yo soy amiga de la variedad en el vestir y sacerdotisa dispuesta siempre á oficiar en los altares de lo nuevo. Pero, jamás!, hay muchas cosas como novedad que parecen ideadas por nuestros más grandes enemigos. Nunca una forma por estrambótica y disparatada que parezca deja de tener su encanto especial. Justo es reconocerlo. También debe afirmarse que cuando los artistas del vestido lanzan á la calle un modelo, su fundamento de arte y de armonía tiene, pero aquí lo peligroso y lo censurable no es el modelo en sí, sino su aplicación á la generalidad de las que han de utilizarlo. Hay muchas, muchísimas señoritas y señoritas que siguen como un mandato absoluto las inspiraciones de la moda. ¿Qué se declara una transformación? Pues debe aceptarse tal y como se manifieste, porque es *lo que se lleva*. No hay que pararse á estudiar las condiciones físicas de cada una ni á meditar un poco sobre las conveniencias ó desventajas de la reciente creación. No se puede discutir que la *toilette* pensada, vista y construida, sobre el cuerpo gentil de una modelo airosa, esbelta y propor-

cionada de estatura y de carnes, armónica de líneas y plena de gracia y plasticidad, si cae en una señora ó señorita de poco cuerpo y muchas carnes ó al contrario, ha de hacer el mismo efecto que al Santo Cristo del cuento el consabido par de pistolas.

El espejo no debe ser un cómplice de nuestro amor propio, sino un consejero leal que nos señale con su muda elocuencia nuestros defectos para que con cuidado y habilidad sean corregidos. La moda no tiene más especial misión que la de indicar, no la de imponerse. Ya, afortunadamente, vamos sacudiendo tiranías. Y la cuestión capitalísima para nosotras está en conseguir que la moda se adapte y se modifique sin grandes alteraciones en su esencia, siguiendo la propia inspiración.

En la exquisita sensibilidad nuestra hay siempre un caudal de sentimientos artísticos. La que estudia, la aficionada á buenas lecturas, refina y aristocratiza sus gustos llevándolos por luminosos caminos de espiritualidad, pero aun la que no goza de estos inefables placeres del libro, tiene el instinto, la intuición del arte.

No emplear estas bellas cualidades es un verdadero pecado mortal que lleva su penitencia en las muchas satisfacciones que quita. No hay placer mayor para una mujer delicada, que el íntimo bienestar proporcionado por el espejo confidente.

Yo, por lo menos, vestida, calzada y tocada á mi capricho, no puedo salir á la calle sin mirarme y remirarme, de frente, de perfil, de espaldas, lo mismo de pie que sentada, igual andando que en distintas poses, hasta formar mi convencimiento, sin presiones de amor propio. Y entonces saboreo por anticipado el efecto que he de producir entre mis amigas y me parece oír el comentario de las que juzgan mi acierto y el asombro de las exclamaciones generales:

¡Qué lindo traje! ¡Qué bien vestida! ¡Qué mona viene!...—ROSALINDA

FRENTE AL MAR



¡Sol de la tarde! Bajo tu fuego
locas estallan mis ilusiones,
á tu caricia de luz me entrego
y evoco el mundo de mis visiones.

Ondas, murmullos, hilos de nieve,
débil encaje de sutil trama,
finos bordados, espuma leve
que es luz y es beso, sonrisa y llama...

A vuestro arrullo me rindo y sueño
como al contacto de amadas bocas,
miro el pasado fuerte y risueño,
glorias, venturas, grandes locas,
tiempos de lucha, días de ensueño.

Ante mis ojos, joh mar! extiendes
tus tercas aguas murmuradoras
y al fuego santo del sol esplendes
en mil hogueras deslumbradoras.

La inmensa franja de tu llanura
se abre á lo lejos y se dilata,
radioso espejo de la luz pura
que cae, temblando, desde la altura
con vivos tonos de azul y plata.

¡Mar de misterios! ¡Mar de ventura!
Bajo la lumbre del sol dormido
guardas ensueños, tienes promesas,
y cuando tiemblas estremecido
brindas azares, lauros y empresas
á quien tus aguas crusa perdido.

Atraes y hechizas, joh mar! Yo quiero
cruzar perdido tus ondas verdes,
salvar tus aguas, volar ligero,

ver, errabundo y aventurero,
las nuevas tierras en que te pierdes.

Sentir que ruge bajo mis plantas
como una orquesta de roncas voces,
ver tus espumas saltar veloces,
saber si arrullas, rezas ó cantas.

Sentir que pasan sobre mi frente
rápidas brisas de giros bellos
que se columpian lánguidamente,
juegan y ríen en mis cabellos.

Ver las lejanas velas latinas
perderse envueltas en las neblinas
que al sol parecen nubes de oro,
y estremecerme con el lamento
que entre las jarcias exhala el viento
con voz de muerte, sonando á lloro.

Y en las perdidas tierras lejanas,
cuna de heróicos conquistadores,
tejer al arte rimas galanas,
gustar las mieles de unos amores;
decir ternezas, llorar desvíos,
triunfar en lances y desafíos,
sembrar cariños, borrar rencores
y entre el asombro de mis rivales
dar á unos bellos ojos traidores
rosas y besos y madrigales.

¡Oh, mar sagrado! ¡Mar de esmeralda!
Aves guerreras sobre tu espalda
tendieron negras alas triunfales,
y con la risa de tus arrullos
se confundieron sordos murmullos

de vencedoras huestes marciales.

Sobre tí fueron los galeones
conquistadores y aventureros,
los estandartes y pabellones
de dos castillos y dos leones,
prez de monarcas y caballeros.

Sobre tí, cascós y lambrequines,
bosques de picas y haces de espadas,
ecos de trompas, son de clarines,
reyes, pecheros y paladines,
soles de triunfo, glorias pasadas...
Brillantes yelmos empenachados
y rojas bandas y hombres de acero
en cuyos petos empavonados
iban escritos, fueron sagrados
los áureos versos del Romancero.

□□□

¡Mar de misterios! ¡Oh, mar rugiente!
preludia y canta tu canción loca
contra los picos de la rompiente,
sobre la espalda de la alta roca.

Teje, cincela, dibuja, irisa,
sé luz y beso, llama y sonrisa,
canta tu estrofa sobre las peñas,
deja en la arena risas y escalas
¡porque eres bello cuando resbalas!
¡porque eres fuerte si te despeñas!

José MONTERO

DIBUJOS DE VERDUGO LANDI



LA ESFERA

LAS BELLEZAS DE GRANADA



Arcos de entrada al patio del Generalife, monumento árabe de gran mérito artístico

FOT. HIELSCHER

Una pintura divina y una historia satánica



PIO IV

PIO V

GREGORIO XIII

SIXTO V

URBANO VII

GREGORIO XIV

HAY hombres á quienes por instinto de conservación y por decoro de la especie humana—aunque parezca una paradoja—, debía negárseles el derecho á la paternidad. La paternidad, por la que tanto claman los pueblos en donde los nacimientos disminuyen, debía ser un derecho muy restringido, limitado solamente á aquellos hombres de capacidad física, intelectual y moral demostrada y no supuesta, como se ha hecho siempre. ¡Cuántos hospitales, asilos, cárceles, presidios y cadalso menos habría!

De estos hombres á quienes se debió negar tal derecho fué el padre de Beatriz, Francesco Cenci, barón de Assergio, de Filetto, de Pesco-magiore, rico de títulos y de dineros, con latifundios en el agro romano, con posesiones en el reino de Nápoles, con palacios y rentas muy pingües y *spírito del profundo inferno*, como le llamó una crónica de su tiempo. Nació de mujer adúltera y ladrón y de varón ni segrani eclesiástico, pero adúltero y ladrón también. Sus primeros pasos en la vida fueron como la aparición de un huracán. No lué, según Sthen-dal lo pintara, una especie de Don Juan producido por las instituciones ascéticas de Italia en tiempo de la Contrarreforma, ni como Gherazzi lo pinta, un monstruo neroniano correando con un baño de Renacimiento, mezcla de Mefistófele y de Fausto. No tuvo tanta grandeza. Fué, más que villano, vil en sus gustos y en sus acciones, de una vileza cobarde que se arrodilla y pide misericordia amenudo. A los once años escasos de su vida conoce al dedillo todos los procedimientos judiciales en materia criminal, y una serie de querellas y de juicios lo arrastra por todas las cárceles, del Castello á Tordi Nona, de la de la Curia Capitolina á la de la Corte Saverella. Gozaba la áspera voluptuosidad de pisotear á los débiles, de ensañarse cruelmente en gente indefensa, á la que, por otra parte, las leyes del Reino no solamente proclamaban sometida sino que la diputaban materia bruta.

Aunque la legislación en materia criminal de aquel tiempo, en Roma, como en otras partes de Italia, estaba ó debía estar regulada en los Estatutos, una multitud de bandos, edictos, bulas, decretos, removía, esfumaba y desviaba el sentido de la equidad en una selva enmarañada de fórmulas casuísticas, de contradicciones para aprovechamiento de rábulas...

Y por encima de todo está el arbitrio del soberano y del juez, con la institución de la *composizione* (especie de multa convertida en pública pena en provecho del Erario y de los ricos), que cambia el sillón del magistrado en banco de mercader.

Francesco Cenci resume y compendia toda la brutalidad de aquella desconsoladora segunda mitad de su siglo.

Entre todos los concurrentes

á permutar crímenes por dinero fué uno de los más asiduos. A los diecisiete años apenas cumplidos, encarcelado dos veces en Aquila, *componer* por 5.000 escudos la primera y por mayor suma la otra.

Desde 1566 á 1572 no logra salvarse de doble prisión y acaba expulsado de los Estados; hiere á traición á un primo suyo, apuñala á uno de sus muleteros; acuchilla á otro servidor; pone en trance de muerte á una doméstica; mata en la calle, de un arcabuzazo, á un transeunte que nada le había hecho, por el gusto de matar; á la violencia añade el escarnio; se le aprisiona, y convicto y confeso, no obstante mandar los Estatutos que la clemencia del Papa no conceda gracia dos veces, pacta y *componer*.

Por legitimación entra en la casa de los Cenci, á pesar de saberse nacido de mujer unida á otro en matrimonio; por *composizione* también se guarda la herencia paterna acumulada casi únicamente con latroncios efectuados desempeñando cargos públicos, y paga 25.000 escudos, recién muerto su progenitor, y más tarde, en 1590, otros 25.000 por mandato de Sixto V.

En 1591 se le vuelve á procesar por lesiones; en 1593 por haber puesto en la calle á un vendedor, en camisa y con la cara destrozada y sanguinante; en 1594, recién casado en segundas nupcias con la viuda Lucrecia Petroni, vuelve á pisar la cárcel. ¡Y hombres, mujeres y niños le acusan de horribles dishonestades! Humildemente, en una carta al Pontífice, suplica benignidad en la pena. Pero á pesar de que los Estatutos decían claramente *si quis infandum sodomiae scelus commiserit igni comburatur ita et taliter quod moriatur*, como la pena del fuego está reservada solamente á los plebeyos, por benignidad de Clemente VIII, después de sólo mes y medio de prisión, *componer* al precio de 100.000 escudos.

A los calzor años de edad se había casado con Ersilia Santacroce. Por lo leído juzgará el lector los días de júbilo que le proporcionaría á su esposa con el tragín que llevaba de cárcel en cárcel y de burdel en burdel, arrastrado por sus fieros, por sus torpes instintos.

Si como esposo fué malo, como padre su vida da horror. Odia á su hijo Giacomo, y no contento con desheredarle porque sí y sin motivo en su testamento de 1586, le inventa una calumnia horrible y lo denuncia injustamente al Pontífice en 1594. Se niega á que sus hijos concluyan estudio alguno. Y con su ejemplo y con sus malos tratos, mata todo sentimiento moral y toda afición en el alma de sus hijos.

Y así tienen el fin que es de esperar: Giacomo muere en el patíbulo; Cristóforo, asesinado por un corso celoso de una Cilela transiberiana; Rocco, en un duelo nocturno con un bastardo del Conde de Pitigliano.

De las tres hijas que el monstruo tuvo, la más desdichada fué Beatriz.

Beatriz, nacida el 12 de Febrero de 1577, pasó recluida en el Monasterio de Montecitorio la edad de los mimos y de los juegos. Grácil flor de la sierra, desde los siete años se desarrolló en una adolescencia magnífica. Aunque la pintura que ilustra estas líneas no sea el retrato de la desventurada Beatriz ni obra de Guido Reni, á quien se atribuye, no por eso se crea que dista mucho de lo que fué el original. Quizá Beatriz fué aun más bella.

La mayor parte de las crónicas manuscritas de la mitad del siglo xvii la describen *piccola, ma di portamento gracioso, con occhi belli, naso profilato, guance rotonde con fossette tali che pareva sempi e sorridere e pure al mento una fossetta, e bella bocca, e bionda capigliatura inanellata, che cadendole giù per la fronte le dava una grazia bellissima*.

En su más tierna edad estuvo su espíritu agitado por visiones horribles que ella refiere en una carta á su confesor hablándole de *visioni e fantasime che la spaventavano*.

De aquellos días del Monasterio guardó memoria siempre, hasta en su postrera y triste hora, en la que benefició con tres legados distintos á las monjas, y en particular á Sor Ippolita, maestra de su hermana Lavinia y celadora suya.

Desde que salió del convento, su vida transcurrió en continuo sobresalto, en un ambiente triste y de tanta corrupción, que para ella el Monasterio de sus días infantiles, pese á la vida claustral exenta de juveniles alegrías, era oasis de paz muchas veces añorado. Su madrastra ó vegetaba plácidamente en las ausencias de su feroz marido, ó se plegaba atónita, estupefacta, á los antojos horribles de Cenci. De los hijos varones, Cristóforo y Rocco, expulsados arbitrariamente del hogar, no cambiaban saludo con su padre; Bernardo, de doce años, que huyendo de la furia paterna saltó por una ventana y se le recogió por muerto, y que otra vez había sido herido por el propio autor de sus días, crecía, como es de suponer, dado el ejemplo que recibía, entre la liviandad y los vicios; Paolo, desterrado por su inhumano progenitor desde muy tierna edad, sin compasión á su débil naturaleza enfermiza, moría apenas cumplidos los quince años.

Y, sarcasmos de la vida, la curia, que por aquellos días tenía á Cenci encerrado en la Cárcel Capitolina por delitos y pecados de horrible torpeza, volvía á ponerlo en libertad, como he dicho, al precio de 100.000 escudos de oro...

En seguida, para que nadie se entrometiera ni impidiese su tiranía en el hogar, llevóse á su mujer y á su hija lejos de Roma, al solitario castillo de la Rocca Petrella.

Francesco Cenci, que no solía bajar al llano, gustaba de vez en cuando pasar la jornada en Villa Marzia, guarida de bandidos, ó en el convento de los Franciscanos, distante un tiro de arcabuz de su mansión, y donde muchas veces hizo noche. ¡Curioso dato para su psicología aquella mixta predilección por los frailes y por los bandidos!

Allí las dos mujeres llevaban una vida lastimosa. Presas en destortalada estancia, se morían de tristeza y de aburrimiento cuando no les sacudía la modorra el tirano con un vergajo que para más horror de



INOCENCIO IX



CLEMENTE VIII

las desdichadas tenía, cuando no lo usaba, colgado en la pared.

No hubo injuria, bajeza, grosería, crueldad ni privación con que no atormentase aquel monstruo á las dos infelices.

Beatriz, añorando la tranquila existencia conventual, piensa lo feliz que sería, já los dieciocho años!, tomando el velo de religiosa. Y durante una ausencia del padre, que de vez en cuando hacía una escapada á Roma, escribe á su hermano Giacomo, casado, rogándole que busque modo de meterla en un convento; escribe á su tío Marcelo Santa Croce, implorando su ayuda, suplicándole que la librarse de su tortura constante, *se non volea*—dice textualmente—*faccese qualche pazzia*, y finalmente envía un memorial al Pontífice, pidiendo que libre á ella y á su madrastra de su misero estado.

¡Nunca lo hubiese hecho!

Enterado Cenci de aquellas desesperadas instancias por el cardenal Salviati, que le mandó cesase de torturar á las infelices, metió en un calabozo á Marzio Catalano, que había llevado la misiva á Roma, apaleó brutalmente á Beatriz, y arrastrándola por los cabellos la llevó á una estancia apartada, donde la tuvo recluida mucho tiempo, sin confiar á nadie su custodia. Igualmente encerró y maltrató á su mujer, para que, no viéndolas, nadie pudiese enterarse de sus lamentaciones.

Para el espíritu delicado de Beatriz no debió ser lo más doloroso su tormento. Otra pena mayor debía roerle el alma: el haber perdido la fe en el autor de su vida, en el propio padre, el ser que todo hijo supone el más digno de todas las veneraciones y de todos los respetos y de todos los amores. ¡Quizá al pronto fué ésta su mayor amargura! Llegar á envidiar á muchos criminales por abyeccos que fuesen, porque á no pocos de ellos les quedaría en su aflicción, como un consuelo, el orgullo de pensar que su padre *su padre!*, era un hombre honrado, incapaz de atentar contra nadie y menos contra sus hijos, mientras que ella tendría que horrorizarse cada vez que escuchase el enternecedor nombre de padre.

El 10 de Septiembre de 1599, Francesco Cenci fué encontrado tendido y yerto al pie de un parapeto con una herida en el temporal izquierdo, cerca del ojo, y una grave hendidura en el occipital. Se creyó que la muerte y las lesiones habían sido consecuencia de una caída, y se le dió sepultura más cristiana de lo que merecía.

ooo

El 5 de Noviembre *ad denunciam secreti instigatoris* comenzó el proceso.

Llevado *ad locum tormentorum*, Marzio Catalano declaró que Beatriz y Paolo, su hermano de quince años, le habían inducido al crimen; «que se había pensado al pronto poner á Cenci en manos de los bandidos, que les libraran de su tiranía á cambio de unos miles de escudos; que como el propio Marzio Catalano no había cumplido su misión de tratar con los bandidos, Olimpio Calvetti, custodio de la Rocca Petrella, se trasladó á Roma para obtener el consentimiento del otro hijo de Cenci, logrado el cual se volvió con las raíces y el opio que debía Beatriz suministrar á su padre en la comida; que no habiéndose podido tampoco seguir este plan, se había ideado otro. El domingo anterior al crimen, Marzio y Olimpio asaltaron la Rocca Petrella por medio de una escala y se introdujeron en la estancia de Beatriz, con intención de asesinar al conde en la madrugada del lunes. Por falta de ocasión y de ánimo se demoró la ejecución de su proyecto. En la madrugada del martes, Lucrecia, la esposa de Cenci, se opuso también á que se realizase por un escrú-

pulo religioso; era día festivo, la Natividad de la Virgen, y le parecía muy grave pecado celebrarlo con efusión de sangre.

La tarde del mismo día renovaron la tentativa, cuando una inoportuna tos atacó á Olimpio, y sobre cogiendo á todos, les forzó á otra demora.

Beatriz reprochó acremente aquellas dilaciones. *¿Por qué tanta cobardía? Había ella de confesarse con Dios y asumía toda la responsabilidad de su pecado.*

Por fin volvieron todos á la Rocca. Beatriz les precedió en la estancia donde Cenci dormía, y abrió la ventana para que viesen mejor.

Olimpio lanzóse en seguida sobre Cenci, comenzó á golpearle en la frente y en el pecho, de canto y de punta, con un martillo lombardo...

Los Cenci, en el careo consiguiente, negaron veracidad á esta declaración. Y Beatriz con más

gado, no pudiendo ya soportar la tortura, gritó:

—¡Signore, misericordia! Che volete che io dica? Ditemelo voi che dirá quel che volete!...

Y por fin declaró lo que se quería que declarase: era cierto. Y al crimen no le habían inducido los malos tratos y el encierro sufridos por arbitrariedad de su cruel padre, sino otras razones: había oido á su propia madrastra que, mientras viviese aquel hombre, su vituperio sería continuo:

—Ed egli te vituperará e te toglierà l'onore e te fará mille male...

Sabía que Olimpio odiaba al conde porque le había ofendido en lo más vivo del honor, seduciéndole, con violencia, á la mujer, y le había oido hablar de muerte; había sabido que los hermanos consentían y que Marzio Colonna, por fines particulares, quería la muerte del feroz conde...

Y no se disculpa con lo que le hizo padecer Cenci, ni con sus repetidas instancias dirigidas, en vano, á su tío, á sus hermanos, al Papa. Pero, el mismo día, escribe á su defensor: *No sé cómo arreglármelas para no caer de un mal en otro. ¿Qué mal, peor aún que su confesión, podrá temer si declaraba con mayor claridad?*

Diez días más tarde escribe al Cardenal Pietro para que haga llegar al Papa la verdad de su horrendo caso. «Cuando Su Santidad sea dignada saber la verdad de todo lo ocurrido, me resigno á padecer todo suplicio, que no me parecerá duro por grave que sea...»

«Qué era lo que no se atrevía á declarar sino al Supremo Pontífice?

El monstruo cuya muerte trataba de vindicar la justicia humana había querido una vez hacer víctima de sus instintos, que como se ha visto no podían ser más odiosos, á un hijastro suyo, y en su abyección moral llegó hasta á pretender la complicidad de la madre, su propia é infeliz esposa, á la que no dejó espanto por conocer aquella fiera. Y se disponía por la violencia á satisfacerse, cuando el mozo buscó la salvación en una fuga desesperada. La misma medida tuvieron que adoptar sus dos hijos menores, Bernardo y Paolo, por verse mirados por su padre con los mismos y torpes ojos que su hermanastro. De una bestia así, ¿qué podría esperarse? Estas palabras del confesor de Beatriz: *excusanda videtur Beatriz quae patrem delinquentem et stuprum commitere violentem occidit.*

De nada le valieron. La justicia humana colmó su cáliz de amarguras, condenándola igualmente que á su madrastra á la decapitación. Su hermano Giacomo Cenci fué con-

denado á ser atenazado con tenazas candentes á lo largo de las calles, y á ser machucado en el cadalso y luego descuartizado. Algunas crónicas de aquel tiempo señalan como *benignitá grande* de Clemente VIII, que en vez de condenar también á muerte á Bernardo, el hermano menor, se le condenase á vivir en rigurosa prisión durante un año, y á remar en galeras, después de haber presenciado el horrible suplicio de su familia.

Los jueces, en las actas del proceso, llamaron á Francesco Cenci *figluol dilecto al nostro cuore e alla Chiesa.*

Pese á la sentencia, la tradición popular creyó siempre inocente á la desventurada Beatriz. El pueblo, con más instinto de justicia que los curiales y los cortesanos que la condenaron, puesto que no había de lucrarse con la confiscación de los bienes de los Cenci, la proclamó *bellísima y valerosa* y la evocó siempre con piedad y simpatía.

E. GONZÁLEZ FIOL



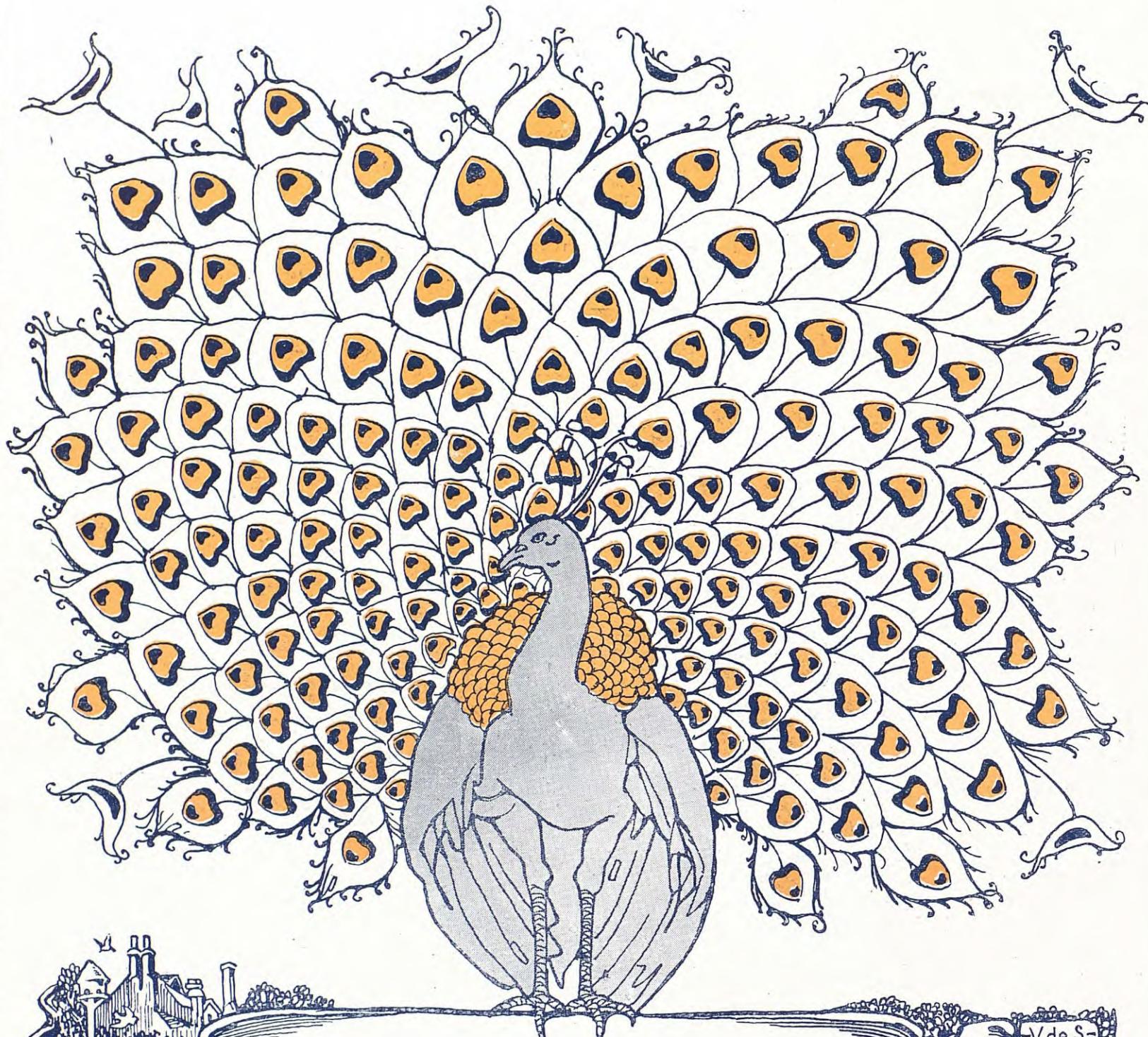
BEATRIZ CENCI
Cuadro atribuido á Guido Reni, existente en la Galería Barberini, de Roma

firmeza que nadie. El proceso se desenvolvió tan lento como irregularmente. Al principal acusado, Olimpio, no se le prendió ni se hizo gran cosa por prenderle.

Beatriz escribió al astuto Cardenal Aldobrandini rogándole que presentase al Papa una petición suya, porque *muchacha sin guía ni consejo, martirizada y opresa por el autor de sus días, no tuvo antes quien la protegiese y salvase, y en la miseria presente tampoco hay quien la recuerde ni defienda.*

La respuesta fué un *motu proprio* que parecía más bien explosión de ira que palabra de magistrado. Se ordenaba al juez proceder contra los Cenci con todo género de tormentos, guiándose por indicios, sin atenerse á la forma procesal ordinaria, no conceder copia del proceso, no admitir defensa y pronunciar sentencia de muerte y confiscación de bienes.

Giacomo, Lucrecia, Bernardo, sometidos al experimento de la cuerda, se confesaron reos. Beatriz, que en diez declaraciones había ne-



EL PAVO REAL

Mientras el gallo da su «¡Hola, quién vive!», al mundo matinal, abre la aurora de su cola su majestad el pavo real...

Su hembra, la pava, se extasía en una muda admiración cuando á la blanca luz del día luce la cola del pavón.

En las plumas irisadas de las colas de los pavones hay un asombro de miradas y un ensueño de corazones...

Y si son blancos los pavones su cola es como un mar de espuma y, en vez de bellos corazones, hay una perla en cada pluma...

Mientras el gallo, siempre alerta, toca á diana en su corral el sol espléndido despierta y abre su cola sideral.

«¡Soy el pavón de las estrellas!», proclama el sol en su canción; «y yo, entre las aves más bellas, soy el sol», vozna el pavón.

«Pavo y señor, dice la pava, ¡oh maravilla de armonía!, ¿quién al mirarte no te alaba, si eres la misma poesía?...»

Todos los gansos de la alberca, (para humillar á los cisnes del lago) llaman al pavo, con voz terca, rey de las aves, sol y mago...

La envidia arrastra su murmullo entre las aves del corral cuando el pavón (desdén y orgullo) pasa triunfal...

Goy DE SILVA
DIBUJO DE VARELA DE SEIJAS

LA ESFERA

BELLEZAS ARISTOCRÁTICAS

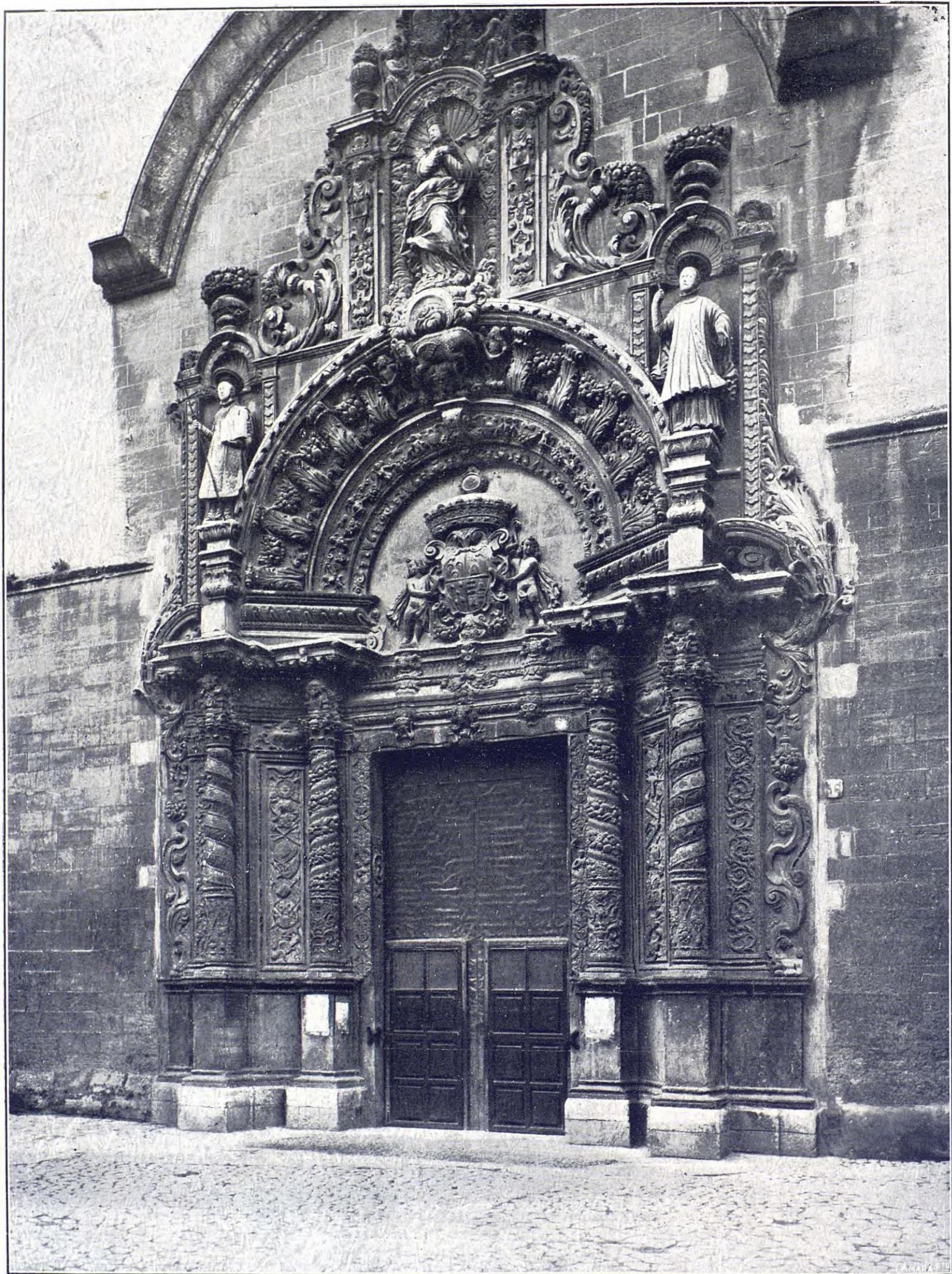


MARÍA ESCRIVÁ DE ROMANI Y SENMENAT

Marquesa de Espinardo, hija de la Condesa de Alcubierre
y del difunto Marqués de Monistrol, una de las jóvenes
más bellas de nuestra aristocracia

FOT. KAULAK

ESPAÑA MONUMENTAL



Portada del género barroco de la iglesia de Montesión, de Palma de Mallorca

FOT. BONILLA

UNA ESTAMPA DEL SIGLO XVIII



DIBUJO DE BARTOZZI

Galantes pastorelas, fiesias de carnaval;
la vida se desgrana muy dulce en el jardín
del Trianón, y en las calles ruge el dolor social
y afila sus cuchillas Maese Guillotín.

Suenan lentes pavanás, galantes minuetos
de los jardines griegos en las floridas calles,
y mientras se deshojan los frívolos sonetos,

con hachas y con picas la turba va á Versalles.

Fué un triste despertar... Las divinas coquetas
le dieron al verdugo la alitura de su cuello,
é iban adoloridas, en las tristes carretas,
porque no las dejaron empolvarse el cabello.

Querían, las mimosas, tener un lindo porite
con las uñas pulidas y la cara pintada,

é ir á la guillotina como á un baile de Corte,
á un baile que, en su honor, diera la Descarnada.

Fué la última gavota... Tuvieron las princesas,
como postrer adorno, sangriento corbatín,
y en la danza macabra de las rubias marquesas
fué el maestro de baile Maese Guillotín.

E. CARRÉRE

BELLAS ARTES

DOS EXPOSICIONES IMPORTANTES



"Tipo vasco", dibujo al carbón



(Originales de Juan Echevarría)

"El pobre sablista", cuadro al óleo

En un nuevo salón, bien acondicionado y independiente, del Ateneo, ha expuesto recientemente Juan de Echevarría, veintiocho obras suyas, entre cuadros al óleo y dibujos.

Juan de Echevarría es bilbaíno. Rivaliza desde hace algún tiempo vascos y catalanes en buscar cauces a su sensibilidad y moldes a su técnica en las modernas escuelas postimpresionistas. A cada nueva exposición de jóvenes artistas de Cataluña ó de Vasconia, se barajan los nombres de Gauguin, de Paul Cezanne, de Guerin, de Seurat, de Van Gogh, de Flandrin, incluso de Maquet, Cornelio Maks y Van Dongen, colocados ya en planos inferiores de los otros en que ofician apostólicamente los ídolos de la pintura moderna.

No puede, en ningún modo, parecernos reprobable este afán de identificación con la naturaleza, este alejamiento de los preceptismos estéticos aunque sea para caer con Gauguin en la imitación del arte salvajista de los tailianos y con Cezanne a considerar como artículo de fe pintar con el tubo de la estufa.

Es un ansia de renovación, un legítimo deseo de profundizar en los secretos espirituales y en los enigmas visuales al mismo tiempo; una protesta de la vulgaridad y ya por el simple intento de tales liberaciones, el artista que las emprende merece nuestro respeto.

Sobre todo, cuando, como en el caso de Juan de Echevarría, asoman las excepcionales cualidades de pintor y las características de la raza por encima de las influencias estéticas.

Marca el arte vasco contemporáneo un sello de extraordinaria pujanza y una sagrada inquietud de perfeccionamiento. Y esto se nota en todos los afiliados por nacimiento y por temperamento a



"Gitanos granadinos", cuadro de Juan Echevarría

dicho arte, desde Ignacio Zuloaga—que ahora en Zaragoza ofrece el maravilloso espectáculo de sus insatisfechos rumbo dentro de la rotunda afirmación de belleza—hasta Eduardo Egózcue, enfermo de cubismo. Y dentro del amplio paréntesis: los Zubiaurre, Maeztu, Salaverría, Echevarría, y tantos otros que armonizan como si fueran calidades coloristas, la rudeza y la ternura, el vigor y la languidez, la brava aspiración de las cumbres y el blando, sonriente candor de los valles. Siempre que hemos hablado de algún artista vasco en estas páginas, hemos hecho constar que el encanto de su arte brotaba de los étnicos contrastes de la tierra que le vió nacer, tan claros y delimitados.

No sucede—al contrario de otros pintores contemporáneos orientados por las mismas tendencias estéticas—con la obra de Juan Echevarría, que se rectifique y se inferiorice a cada nueva contemplación. Todo lo contrario: se ratifica, mejora de concepto, descubre nuevos méritos.

En primer término hallamos la sinceridad espontánea y sin trabas para expresar la visión. Lo mismo en los acordes graves, profundos, en que el color parece adquirir sonoridades de armonio, que en las gamas finas, frías, de un cromatismo saltarín que tienen la frescura de una mañana vernal salpicada de trinos y de cristalinos ecos de fontanas.

Estos dos aspectos del temperamento de Echevarría muestran en las naturalezas muertas y en los paisajes, más que en las figuras. Aquí maneja la materia con una voluptuosidad patricia. Allí la extiende como velos sutiles. Frente a los profundos, verdaderamente oleosos, apuntes de Ondárroa que hablan en el tono mayor de los maestros



JUAN ECHEVARRÍA

de otro siglo, las suaves intimidades, las casi femeninas delicadezas de azules y verdes, como lavados de su agresividad enteriza, como soñados á través de las norteamericanas nieblas de Vassconia...

Estos fondos fríos, finamente evocados con pinceladas demasiado sobrias sobre el lienzo, permiten luego recortar de una manera energética

las figuras. Aquí aparece otra cualidad notable de la sinceridad pictórica de Juan Echevarría. Casi todos sus modelos de figura son gitanas granadinas. Unas gitanas hoscas, greñudas, sucias, bizcas, en todo el animal horror de la repulsión instintiva que nos causan. Se adivina en estas gitanas, pobres de indumentaria y desterradas del prestigio sensual de su raza caldeada por el sol de Oriente, que Juan Echevarría es un espíritu disconforme con su vida. El ensañamiento con la figura humana, esa complacencia en hallar los seres maculados por miserias físicas ó miserias sociales—véase *El pobre sablista*—contrasta con el amor que interpreta telas, cacharras, flores, estatuillas ó el campo libérmino. Incluso en sus dibujos recios, casi agresivos de realismo, como los de Eugenio Zak, de pescadores y aldeanos vascos, se recuerda la frase desconsoladora de Papini; «Si queda todavía un poco de inteligencia en el mundo será preciso buscarla entre los autodidácticos ó los analfabetos».

No será ésta la última vez que hablaremos del joven pintor vasco. Su arte, tan poderosamente sugeridor, tan bifurcado de senderos sentimentales ó intelectuales, merece más extensos comentarios. Pero por de pronto aseguramos que en el nuevo salón del Ateneo hemos asistido á la revelación de uno de los más notables pintores españoles de nuestra época.

Bien distinta es la revelación del pintor gallego Germán Taibo en la sala del Palace Hotel, donde se celebró la magnífica exposición de Federico Beltrán.

Germán Taibo es un repatriado. Voluntariamente se expatrió, y, fuera de España, ha obtenido triunfos en Francia y en América. Uno de los cuadros que ahora expone—*Pastoral*—obtiene el rótulo de medalla de plata en el Salón de París.

Taibo, que es un artista interesante, evoca distintos antecesores que Echevarría. En sus lienzos de composición se recuerdan, por ejemplo: Alma Tadema, el intérprete burgués del alma helénica y Etienne Dinet, el intérprete acró-



"Tipo parisien", por Germán Taibo

mado de la vida árabe. En sus desnudos —que con las marinas constituyen lo mejor de su arte—hallamos también las huellas realistas de un Anders Zorn ó de un Sorolla.

En sus retratos... No; no hablaremos de sus retratos que nos parecen lo más inferior de todo.

El Sr. Taibo tiene una paleta jugosa y unos pinceles nerviosos á ratos y á ratos demasiado minuciosos. Ama la luz por la luz y esto le perjudica á veces en que sería muy grata la penumbra ó por lo menos, discretas veladuras.

No se halla tampoco exento de vulgaridad que poco á poco irá perdiendo como lastre no solo inútil, sino peligroso. Como, por ejemplo, el innecesario alarde naturalista—obsceno más bien—de poblado vello en el más acabado y mejor de sus desnudos femeninos; las botas deformadas, que tiene una modelo desnuda junto á sus pies; la horrible banqueta en que sostiene un jarrón de mal gusto en un retrato de señora; las piernas hinchadas del pastor echado de bruce en el primer término de *Pastoral*.

Pero, insistimos, el señor Taibo se curará de estos defectos. Ennoblecárá un poco más su arte en cuanto le despoje de esos detalles y elija mejor y más contemporáneamente sus asuntos.

En él existen condiciones de pintor que no debe desaprovechar. Así lo afirman los desnudos y las marinas. Estas, sobre todo, verdaderamente notables.

50

Creemos altamente beneficiosa para el arte esta profusión de Exposiciones que ofrece Madrid. Mucho más lógico es también estudiar aisladas las personalidades artísticas que no confundidas en la turba de los Certámenes Nacionales. Así, ahora, además de las de Echevarría y Taibo, puede visitar el aficionado á las bellas artes las Exposiciones de Corral, en la Casa de Galicia; de López Morelló, en el Salón Lacoste, y de Gimeno, en el Salón Vilches.

Imeldo Corral es un paisajista gallego de extraordinario talento, que une á la maestría técnica su sensibilidad agudizada hasta la hipersensibilidad.

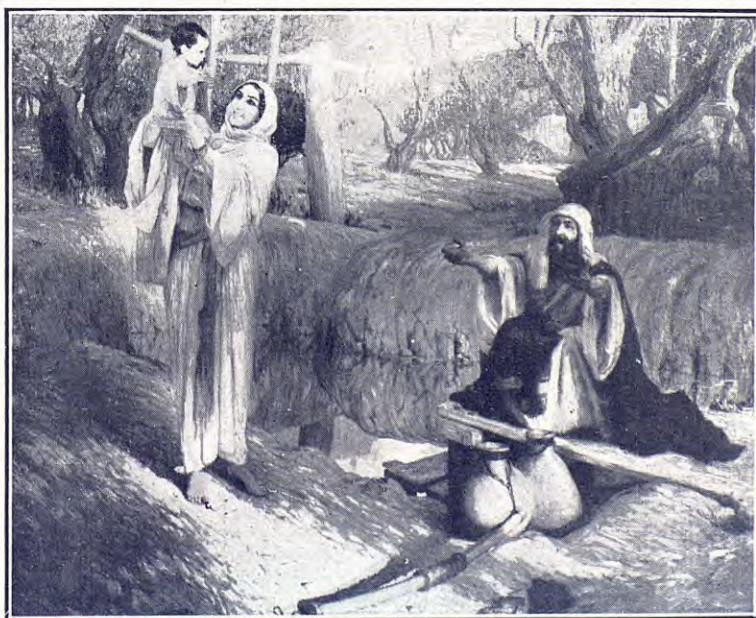
López Morelló acaba de obtener un premio en el concurso de dibujos del *Heraldo*. Tiene quince años y un porvenir luminoso.

En cuanto al Sr. Gimeno, nos advierten que se trata de un caso de intuición... en la vejez. Francisco Gimeno era, hasta hace poco, un obrero de la pintura. Recientemente abandonó el oficio y empezó á pintar cuadros, muchos cuadros.

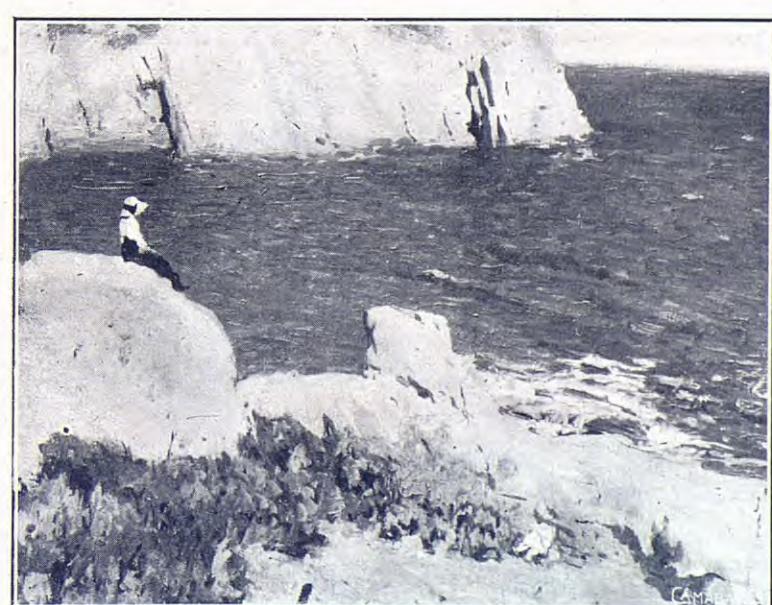
SILVIO LAGO



GERMÁN TAIBO



"Escena bíblica"



"Marina"

(Cuadros de Germán Taibo)

::: DE NORTE A SUR :::

El ejemplo de los animales

Pocas novelas contemporáneas dejan en el espíritu la huella profunda que *El libro de la selva* de Kipling, y *La isla del Doctor Moreau*, de Wells. Hijas ambas de fecundas imaginaciones se unen con el nexo común de la curiosidad humana frente al mundo animal; pero las separa la tendencia y el procedimiento literario. Kipling aureola su libro con poéticas luminosidades. Encalienta Wells el suyo con científicos portentos. De alma dota aquél á la bestia; ve extinguirse éste en la bestia el espiritual sopló de que pretendiera animarlas con crueles vivisecciones.

De Baloo, de Bagheera, de She-re Khan, incluso de los *bandar-log* inquietos y frívolos, aprende el hombre, simbolizado por Mowgli, enseñanzas de valor y sabiduría. De los seres humanos simbolizados por el doctor Moreau y Mont-momery, son tragi-cómica caricatura el hombre leopardo, el hombre perro, el hombre toro y los *ais* ó «perezosos», que decían con voz de salmodia y ademanes lentos: «No andar nunca á cuatro patas. Esta es la ley. ¿Acaso no somos hombres?»

En el fondo, estas dos novelas responden con sus fabulosas aventuras á la íntima pregunta que pocos hombres tienen la ingenuidad de hacer en voz alta

Enigma y revelación es al mismo tiempo el mundo animal, según quien le interrogue. Mutuos ejemplos cambiamos los humanos con las bestias y fuerza es reconocer que nosotros no perdimos con el cambio, dicho sea sin pretexto de fácil retruécano para esa laya de individuos que viven de hacer comedias cretinizantes.

¿Acaso no estamos los hombres tan orgullosos de nuestra condición de bípedos? ¿Tenemos no obstante la seguridad de que sea ésta la posición normal?

Miss Justina Johnson, lejos de dudarlo, afirma lo contrario. Y la señorita Johnson, de Nueva York, tiene derecho á defender esa opinión, porque precisamente su acercamiento á la primitiva animalidad le ha valido un premio de belleza de 5.000 dólares.

Como prueba de lo certero de sus teorías, la señorita Johnson ha presentado la belleza y la perfección ferrea de su cuerpo. Pero ésto no era bastante, y para reforzar sus afirmaciones plásticas ha publicado un libro

Viene el libro de la señorita Johnson á remover el darwinismo. No la envejece su hermosura, hasta el punto de desdeñar entre sus ascendientes al orangután. Si en fiestas y en saraos exhibe la gentileza de su cuerpo y la gracia femenina de sus ademanes, aconseja para la intimidad del hogar la actitud de los cuadrúpedos, basándose en que los animales rara vez padecen indigestiones y trastornos intestinales.



MAMAS DE FRANCIA
—Sin embargo, mamá, hay otros tan valientes como yo.
—¿Como tú? ¡Como tú, no hay más que uno solo! (Dibujo de Guillaume)

Madres de Francia

Será *La Bayoneta*—este admirable semanario satírico francés—cuando termine la guerra, el más interesante estudio de Francia durante los años trágicos y gloriosos de su epopeya.

Cada semana consagra todos los dibujos de sus páginas á gloriar un solo tema. De cuando en cuando sirve esa serie de temas para atacar á las naciones enemigas; pero prefieren sus inspiradores fustigar los defectos y ensalzar las virtudes que la guerra ha desnudado en Francia.

Todos los aspectos externos y los otros más interesantes de la idiosincrasia nacional van desfilando por las páginas del semanario, fundado por un dibujante mediocre, Henriot, y que ahora es la tribuna de los más admirables humoristas.

Así han consagrado números á los «peludos», á los «naturalizados», á los «civiles», á los «optimistas», á los «pesimistas», á las «madrinas», á las «enfermeras», á los «permisionarios», al «calle usted, desconfíe usted», á la «vida cara», á los «estrategas caseros», á los «burlones»...

«Uno de los últimos números está confiado á las mamás.» ¡Madres de Francia, tan egoístas, tan horrorizadas de su posible maternidad antes de la guerra y que ahora podrían entrar en las clásicas estrofas de Eurípides y de Sofocles!

Porque la mujer es como el símbolo de este noble y generoso despertar de Francia. La hipocresía de otras naciones reprimiblemente antes lo que llamaban el «delito del hijo único», si pensara que este hijo único sería feliz y encontraría facilitada su vida... Podría oponerse ahora, frente á la natalidad excesiva que impulsó á Alemania á la sed de nuestros territorios, que el dolor de cada madre estaría en razón directa del número de hijos que entregara estúpidamente á la guerra. Pero no se daría la justa medida de la heroicidad maternal. No vaciló la madre francesa en entregar el hijo que no educó para la guerra. Sabía que era el único; que no podía restarle el consuelo de que pereciendo dos ó tres aún le quedara alguno, como sucede en las razas y en las especies inferiores.

Y, sin embargo, no vaciló en despedirse del hijo único. Le acompaña hasta la estación y no llora, no tiembla sus manos en las de él, evita que flaquee el filial valor con su propia flaqueza. Le pone una mano en el hombro, un beso en la frente y una palabra en el corazón: ¡Courage!

Y si le matan, la madre francesa no culpará á Dios, sino al Kaiser, cuyo rostro podría sustituir el de *Napoleón en los Infiernos* pintado por Antonio Wiedtz y que las madres belgas habían presenciado tantas veces en Bruselas, bien ajenas de que era un mal presagio...



Miss Justina Johnson, que acaba de obtener, en Norteamérica, un premio de belleza de 5.000 dólares y ha publicado un libro acerca de la conveniencia de imitar á los animales

JOSÉ FRANCÉS